



Dr. Plinio

Trimestral Vol. I - Nº 7 Noviembre de 2018



La clave de la Historia

Musicalidad de las relaciones humanas

La cortesía es la perfecta relación que pasa por encima del abismo que existe de hombre a hombre. Esa fuerza que une este abismo se llama amor fraterno católico. La cortesía es el lado lleno de respeto, distinción y afecto que une a personas diferentes y las coloca en una relación como las notas de una música. Se diría que las notas de una bella música están en estado de cortesía entre sí.

Si una persona irreflexiva pasa delante de un piano que está con la tapa abierta, se resbala y se apoya en el teclado para no caer, sale un sonido horroroso parecido a una falta de cortesía. Porque no hay armonía. La cortesía es la musicalidad de las relaciones humanas.

(Extraído de conferencia de 29/6/1974)

Sumario

Vol. I - No. 7 Noviembre de 2018



En la portada, el Dr. Plinio en el año 1992.

Foto: Mario Shinoda

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira

Carlos Augusto G. Picanço

Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL
Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL	
4	<i>La clave de la Historia</i>
	
PIEDAD PLINIANA	
5	<i>Confianza en María</i>
	
DOÑA LUCILLA	
6	<i>Reflejo de la compasión del Salvador</i>
	
REFLEXIONES TEOLÓGICAS	
10	<i>Jesucristo Rey, Profeta y Sacerdote</i>
	
HAGIOGRAFÍA	
16	<i>Marco para la figura de San Willebado</i>
	
SANTORAL	
20	<i>Santos de Noviembre</i>
	
EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE DR. PLINIO	
22	<i>El amor a lo maravilloso por medio de la admiración a los arquetipos</i>
	
DR. PLINIO COMENTA...	
30	<i>Criterios para un buen relacionamiento</i>
	
LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA	
33	<i>Movimientos del mar... ...y del alma humana</i>
	
ÚLTIMA PÁGINA	
36	<i>Madre de la Divina Providencia</i>

La clave de la historia

El deseo de lo sobrenatural es inherente al alma humana, y por eso todos los hombres están siempre en busca de lo maravilloso y, en el fondo, sedientos de Dios.

El Dr. Plinio, con su claridad habitual, comentó como esa apetencia natural de algo superior, solo se sacia realmente dentro de la Iglesia Católica. De manera extraordinaria, demuestra cómo la sed de lo maravilloso constituye la clave de toda la Historia de la humanidad y el camino para el Reino de María.

Existe en todo ser humano inocente un impulso hacia lo maravilloso, un deseo de maravillarse ante la realidad. Como nuestra capacidad innata de concebir cosas maravillosas y de desearlas es vehementemente y magnífica, como una especie de tifón de oro, tenemos un deseo de lo sobrenatural, de lo metafísicamente perfecto, de lo magnífico que el lado más elevado de nuestro ser procura con todas sus fuerzas.

A partir de esto nace el deseo de algo que la Religión Católica satisface por completo.

El alma que tiene ese ímpetu o sentido originario bien afinado, vuela hacia lo maravilloso. Entonces ella se vuelve católica fervorosa, quiere esa maravilla para el orden espiritual y temporal, y en todo busca lo maravilloso.

En tal estado las almas están listas para el rechazo indignado y rechaza cualquier cosa que pueda conducir al reino del demonio.

Hay en el ser humano dos impulsos: uno hacia el “sueño” que, cuando es recto, es una visión de la fe y participa de los mejores aspectos de nuestra alma. Otro para la realidad vista luminosamente, como ella es en concreto; es lo que se llama sentido común.

Cuando un alma tiene esos dos aspectos bien ordenados, sabe resolver de modo más sabio un problema concreto, porque está inspirada en lo maravilloso. Y, por otra parte, cuando ella trata de un asunto relacionado con lo maravilloso vuela hacia éste sin tener nostalgia de la realidad menor.

El amor de Dios –completo, que toma, sujeta y aferra– un amor de Dios que invada el alma, no se consigue sino cuando se realizan esas dos condiciones preliminares. Y la Revolución puso su puñal precisamente en este punto.

El sentido de lo maravilloso es siempre creativo, original y dirigido al futuro. Quien tenga la armonía de esos dos aspectos tendrá el espíritu vuelto hacia la realización más alta, y le será propio querer siempre más y más.

Eso es el amor al Ser, es decir, a Dios, en el futuro. Y el amor al mismo Ser en el presente, muestra que la sociedad ordenada según el Reino de María, es digna de amor. Ella no es el fin, es una etapa que se debe amar como el último peldaño de la escalera que queremos subir.

Aquí está propiamente la clave de la Historia. Es una clave esencialmente religiosa. Si este conjunto –maravilla y realidad lúcida– está bien compuesto, el alma humana actúa bien. Si alguna cosa falla aquí todo se encamina al mal. Y sabiendo esto, el demonio trabaja para perturbar esa armonía.

La Iglesia es lo maravilloso que nos satisface como si fuese el cielo en la tierra¹.

1) Conferencia de 13/05/1988.



DECLARACIÓN: Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.

Confianza en María

*M*adre mía, Reina del Cielo y de la Tierra, dadme la gracia de nunca sentirme lejos de Vos. Porque Vos, Señora, estáis siempre cerca, y quien os rece ahincadamente obtendrá todo. Convencedme, oh Madre, de que Vos estáis al alcance, no de manos que se estiran, sino de manos que se ponen juntas para rezar, rezar, rezar seriamente.

“Nunca se oyó decir que alguien que recurriese a vuestra protección o reclamase vuestro socorro fuese desamparado por Vos”. Madre mía, hacedme comprender que, si “nunca se oyó decir”, no seré yo el primero en no ser atendido. Así, pues, regia Señora, haced que siempre me dirija a Vos con confianza.

Así sea.

Santísima Virgen María
Paray-Le-Monial, Francia



Archivo Revista

Reflejo de la compasión del Salvador

La compasión de Doña Lucilia por aquellos a quienes veía sufrir era llena de afecto y respeto, sin nunca esperar retribución de parte de sus beneficiados, verdadero reflejo de la misericordia del Sagrado Corazón.

Con respecto a mi madre he dicho varias veces que ella no era más que un ama de casa con una cultura afrancesada, y ligeramente inglesa, de las señoras de buena familia de su tiempo. Ella poseía esa cultura suficientemente, aunque no se destacaba por su inteligencia.

Finura de percepción

Me llamaba mucho la atención que en cierto sentido ella se mostraba excepcionalmente inteligente, y era una forma de inteligencia ligada a la compasión y a la ayuda. Es de-

cir, ella tenía una noción muy clara de todo lo que pudiese contundir o hacer sufrir a cualquier persona. Ella se daba cuenta inmediatamente.

Era una primera pregunta o una primera mirada – una mirada delicada – que ella ponía sobre la persona. El punto de partida era lo que la persona sufría. Dado que toda criatura humana sufre, ella procuraba ver cuál era el punto dolorido, el lado por donde la persona sufría, etc., y tomaba un cuidado extraordinario para no tener – ni de lejos – una distracción, una referencia en la conversación o cualquier cosa que pu-

diese hacer sufrir a esa persona de alguna forma, siendo en eso de una penetración y de una delicadeza verdaderamente notable.

Pero ella también entendía muy bien – esto es una obra prima de psicología – dada la persona y las circunstancias, lo que debería hacer para ayudar y cuál era la forma de compasión que debería manifestar para atender esa forma de sufrimiento. En eso ella era muy fina de percepción y muy delicada al brindar su compasión. Porque la compasión se expresaba mucho más por la mirada y por las maneras que por lo que ella decía.

Discreción llena de afecto

Era casi imposible que ella procurase desvendar el santuario del sufrimiento de cada uno con palabras indiscretas, que la introdujesen en una intimidad que la persona, a veces legítimamente, no quería dar, a veces por amor propio o por mil razones. Pero en el modo de tratar y de agradecer, de tal forma ella realzaba tan discretamente lo que veía de bueno, de honroso en la persona, que ésta se sentía envuelta por su afecto, pero no se sentía para nada solicitada o penetrada, ni invadida por una con-

...ella entendía también, qué debería hacer para ayudar y cual era la forma de compasión que ella debería manifestar para atender aquella forma de sufrimiento.

miseración inoportuna. Ella revelaba en eso mucho tacto. Era un modo aristocrático de tener pena.

Sin embargo, dejaba entender a la persona y a todo el mundo con quien trataba, que si quisiesen usar su bondad ella era una puerta que se abriría, pero nunca se abriría y llamaría a alguien hacia adentro. Eso no.

A veces eso aparecía en términos explícitos cuando se trataba de tomar la defensa de alguien que a ella le parecía ser objeto de un ataque demasiado car-

gado, o que no se tomaba en cuenta algún atenuante que la persona tenía.

Por ejemplo, ella tenía un hijo muy categórico, y ese hijo no hacía ceremonia cuando salía lanza en ristre. Ella a veces oía y decía:

– ¡Pobrecito!

Un “pobrecito” que me hacía sentir en qué aquel hombre era un sufridor. “¡Pobrecito!... Tampoco es para tanto...”. Casi como quien pedía compasión para ella personalmente.

– *Filhão!*, ¿no notaste que él tiene tal cualidad?

– Pero, mi bien, *mãezinha*² – de acuerdo al momento –, ¿Ud. no nota que, si uno va a ver, eso da en liberalismo?

Ella decía:

– No, piensa lo que quieras, lo que sea la verdad, pero pon la verdad entera, pon también las cualidades.

Naturalmente, eso me impresionaba de un modo muy favorable, no necesito ni decir. Es absolutamente obvio.

Y si sucedía que en una situación crítica u otra cualquiera, ella tuviese que aproximarse y hablar con la persona, ella hablaba como quien entra en la punta de los pies en el santuario de la desventura de la persona. Ella trataba en un *crescendo* gradual y sondeando el terreno, de tal forma que la persona, si quisiese, del modo más fácil del mundo, le haría entender que prefería que no entrase. Ella también cerraba el caso y estaba acabado.

Trato bondadoso y sin ilusiones

No piensen con eso que ella apenas veía el lado positivo de las personas. No. Ella no sólo veía muy bien las amarguras y las cosas duras que tiene la vida, sino que

nos prevenía para estar prontos para eso. Naturalmente, todo era visto según la experiencia de la vida de una señora que vive en el hogar.

Ella nunca fue lo que en mi tiempo de joven llamaban mujer *paraíba*: una mujer feminista que sale de la casa, toma ciertas actitudes, conoce la vida de los hombres, hace negocios y cosas de ese género. Ella era de un modo que era preciso haber conocido.

Yo doy un ejemplo que ella contó más de una vez.

Mi abuelo tenía una oficina de abogacía, y, entre otros clientes, te-



Cristo con las manos atadas Iglesia de San Juan de los Reyes, Toledo, España



nía a una viuda rica y sin hijos. Ella tenía una casa muy buena, grande, con jardines, criadas, etc., pero era una persona muy aburrida.

Mi abuelo tenía pena de esa señora, porque ella tenía buena salud, tenía todo para hacer una vida feliz, pero vivía en una especie de aislamiento por causa de su mal genio. Era una señora de buenas costumbres, pero, por otra parte, era de un trato muy censurable.

Aconteció que un día ella se enfermó de repente y le escribió una carta a mi abuelo, contándole eso y pidiendo si podía conseguirle una criada, algo así, un favor de esa clase. Mi abuelo procuró a mi madre y le dijo:

– Tu madre no está en condiciones de dirigir nuestra casa con tanto movimiento y menos aún para cuidar a esa señora. Es una obligación de caridad nuestra recibirla y tratarla. Aquí hay tal cuarto – un cuar-

to de huéspedes –; voy a traerla aquí y tú la vas a tratar. Quiero que esa señora salga de nuestra casa encantada con tu caridad.

Mi madre, con pena de esa señora y para agradar a mi padre, aceptó. Mi abuelo quedó tranquilo. Poco después llegó esa señora, mi madre la recibió con mil caricias, la acompañó hasta el cuarto, la trató como mejor no se la podría tratar.

Una hermana de mi madre, seis años más joven pero ya francamente con edad para ayudar, trataba a esa señora con la “punta de los dedos”. Entraba en el cuarto una o dos veces al día, cuando ya estaba lista para salir a la calle:

– ¡Ah!, no quise salir a la calle sin saber cómo está Ud. ¿Ya está mejor, no? Conserve el optimismo, que todo saldrá bien.

Lo que equivale a decir al enfermo “no moleste” o “no se queje”. Eso una vez o dos por día y se acabó.

Y mi madre le decía a su hermana:

– Tú no puedes hacer eso. ¿No ves que papá no quiere eso? Además, pobrecita...

Mi tía decía:

– Vas a ver, estás haciendo por ella absurdos de dedicación sin ningún propósito, y cuando ella salga de aquí, si no sale en un féretro, sino viva, me va a agradecer a mí.

Mi madre ponía en duda que la cosa llegase a ese punto, porque la diferencia de trato era fabulosa. Pero, idicho y hecho!

La señora se sanó y se preparó para volver a su casa. Había varias personas reunidas para despedirse de ella y en-

tre otras estaba esa tía mía. La señora dijo al verla:

– ¡Ven acá! ¡Ah!, tú que fuiste mi ángel durante todo este período...

¡Esa es la maldad humana! De nada vale discutir, ni indagar. ¡Es hasta repugnante, eh!

Y le dio un regalo...

A mi madre apenas le dijo “gracias”.

Mi madre no lo decía, pero mientras ella nunca fue bonita, su hermana era muy bonita, en la línea en que mi abuela era bonita y fascinaba. Por lo tanto, cualquier pequeño agrado de mi tía brillaba, y las dedicaciones sin nombre de mi madre, esa señora las tomaba así. En ese punto también está la maldad humana.

Mi madre me contaba eso y una vez me lo contó en presencia de esa tía mía, que acompañó con atención, riéndose en algunos pasajes, y al final dijo que había sido exactamente lo que ella contaba.



Afecto que no esperaba retribución

La moraleja del caso es que, si yo no hubiese sido formado así, por las faltas de retribución que recibo me volvería un hombre malo, y ella no quería eso. Ella quería que yo fuese bueno como ella lo era, y como consideraba que lo era su padre.

De hecho, mi abuelo tenía gestos como esos, de magnanimidad, de desconcertar. Ella contó varios. En ese punto la formación del padre sobre ella fue muy, muy eficaz. De ahí viene ese afecto que, a propósito, es necesario decir que las tres hijas tenían por el padre, un afecto que no las vi tener por nadie, y no vi que ninguna hija tuviese con su padre. No vi. Era una cosa sin igual. Querían mucho a su madre, la respetaban, pero la veneración era para con su padre.

Mi madre fue quien me formó en ese sentido. No estoy analizando si correspondí o no a la gracia de esa formación. Pero de ese modo casero ella me dio una filosofía. Ella no hablaba del pecado original ni nada de eso, pero contaba ese caso y quedaba entendido.

Una persona que saca esa conclusión de un pequeño hecho como ese, ve mucho más que lo que el común de las señoras ve a ese respecto y manifiesta allí una lucidez de vista, una penetración, un discernimiento – no me atrevo hablar de discernimiento de los espíritus –, de las psicologías y de las mentalidades muy grande. Lo cual es realmente muy bonito.

Si fuese necesario ella haría todo de nuevo, aun sabiendo que el resultado sería ese, pero aprovechando la experiencia de la última vez para preparar formas de servir mejor. ¡No se arrepentiría! Porque ella no lo hacía para recibir una retribución, sino para ser buena. En el fondo está Nuestro Señor Jesucristo, el Sagrado Corazón de Jesús.

Aquella frase del Corazón de Jesús a Santa Margarita María corres-

ponde muy bien a eso: “He aquí el Corazón que tanto amó a los hombres y por ellos fue tan poco amado”. Toda actitud de Nuestro Señor durante la Pasión fue eso. A propósito, es uno de los trazos por los cuales se doblan las rodillas ante Él, ¿no? Porque llevó esa perfección moral hasta un grado inimaginable. Por ejemplo, Longinos, que perforó con la lanza su costado y salió un agua que curó a ese soldado de una especie de semi-ceguera. Es decir, eso es Nuestro Señor Jesucristo por entero.

Así habría otros casos de ella para contar, imuchas cosas de ese género! Pero muchas, que ella sabía arreglar, mover, calmar; imuchas, muchas, muchas! ❖

(Extraído de conferencia de 9/8/1986)

- 1) N. del T: En portugués, aumentativo afectuoso de hijo.
- 2) N. del T: En portugués, diminutivo afectuoso de mamá.





Jesucristo Rey, Profeta y Sacerdote

Sería una bellísima lectura del Evangelio considerar, en las diversas actitudes del Divino Salvador, si actúa como Rey, Profeta o Sacerdote. María Santísima tiene, como nadie, una correlación con cada uno de esos títulos. También los acontecimientos de la Historia, del mundo angélico e incluso del mundo visible podrían ser analizados bajo ese prisma.

A respecto de la trilogía “Rey, Sacerdote y Profeta” aplicada a Nuestro Señor Jesucristo me gustaría exponer algunas consideraciones, comenzando por tratar del orden interno de esos tres títulos, o sea, sobre cómo ellos se relacionan.

Rey de la Historia

¿A cuál de estos títulos pertenece el primado, Jesucristo como Rey, como Sacerdote o como Profeta? Tengo la impresión de que, en el orden

lógico, el primado fundamental es de Él como Rey; y el primado en el orden final sería como Sacerdote. El Profeta casi hace un puente entre los otros dos.

Él es el Rey de la Historia en el siguiente sentido: Dios tuvo sus intenciones con la Historia, que son las del Hombre-Dios. Y sus intenciones forman un plan que Él concibió, el cual la humanidad sigue o no sigue, cumple o no cumple. Este plan tiene relación, principalmente, con la actitud del hombre ante Dios, con la ac-

titud religiosa del hombre, en el sentido más amplio de la palabra.

En segundo lugar, es un designio de la organización de las cosas, como corolario, de cómo el hombre las debe ordenar, desde que ame a Dios. De tal manera que la organización de los hombres conduzca a una ordenación de los acontecimientos, y una ordenación de estos conlleve al orden de las cosas materiales. Entonces las civilizaciones, las culturas, las obras de arte, las disposiciones en el mundo etc., también correspondan al plan de Dios.

Nuestro Señor tiene esa intención, pero da libertad al hombre para realizar una u otra cosa; entretanto, sus planes, de un modo u otro se acaban cumpliendo en lo más esencial, por una imposición de Él. Porque Nuestro Señor, como Rey, hace que se realice su gloria como Él mismo quiere. Él manda y, por tanto, es un Rey que gobierna de hecho los acontecimientos, por más que estos parezcan desgobernados.

Vemos un ejemplo característico con la vida de Jesús. Se puede decir que había un plan, que era de venir a la Tierra y convertir al género humano. Pero entró un plan B en que — no es verdad, pero se diría — hubo su muerte y Él rescató el género humano. De hecho, lo redimió y cumplió más profundamente ese plan de llevar la humanidad hasta el Cielo. Y Nuestro Señor es Rey fundamentalmente por ese manejo fuerte de los acontecimientos. Él tiene el plan, el derecho y el poder de mandar. Jesucristo tiene el mando efectivo. Y a pesar de esos o aquellos desvíos, las cosas se realizan como Él quiere.

La propia libertad que el hombre posee, y que por tanto, puede ser usada contra Nuestro Señor, es dada por Él. Porque, si Él quisiera, no creaba al hombre. Él quiso, y en el fondo, es su voluntad la que está siendo hecha. Él es el Rey.

Rey-Profeta que sabe todo cuanto va a suceder

En el elemento terminal de la trilogía, Jesús es Sacer-

dote en el sentido de aquello que hizo y ordenó, Él lo ofrece al Padre Eterno.

Nuestro Señor es Profeta en el sentido de que Él, como Rey, sabe lo que va a suceder. No es como los reyes de la Tierra que conjeturan, y puede que no ocurra lo que ellos querían o suceder lo que no habían previsto. Pero Él sabe todo lo que va a pasar y anuncia. Y después realiza lo que Él predijo.

El don profético en Nuestro Señor es el conocimiento que Él tiene

de su propia voluntad y poder; de cómo y en qué medida los hechos, dentro de sus planes, se deben ajustar de tal manera para realizar sus designios. Y en cuanto revelador, porque el profeta revela. Así es como yo concibo esta trilogía.

Imposición de las almas frente a Nuestro Señor

Por comodidad de expresión yo dije Rey, Sacerdote, Profeta. Pero cada uno

de estos títulos podría ser tomado en otro orden, en el cual alguno de los elementos de la trilogía tendría preeminencia sobre los otros.

Se podría decir, por ejemplo, que Él, como Profeta, es el Profeta-Rey: Él previó, Él hará, Él ofrecerá. Por cualquiera de los extremos puede verse todo el triángulo.

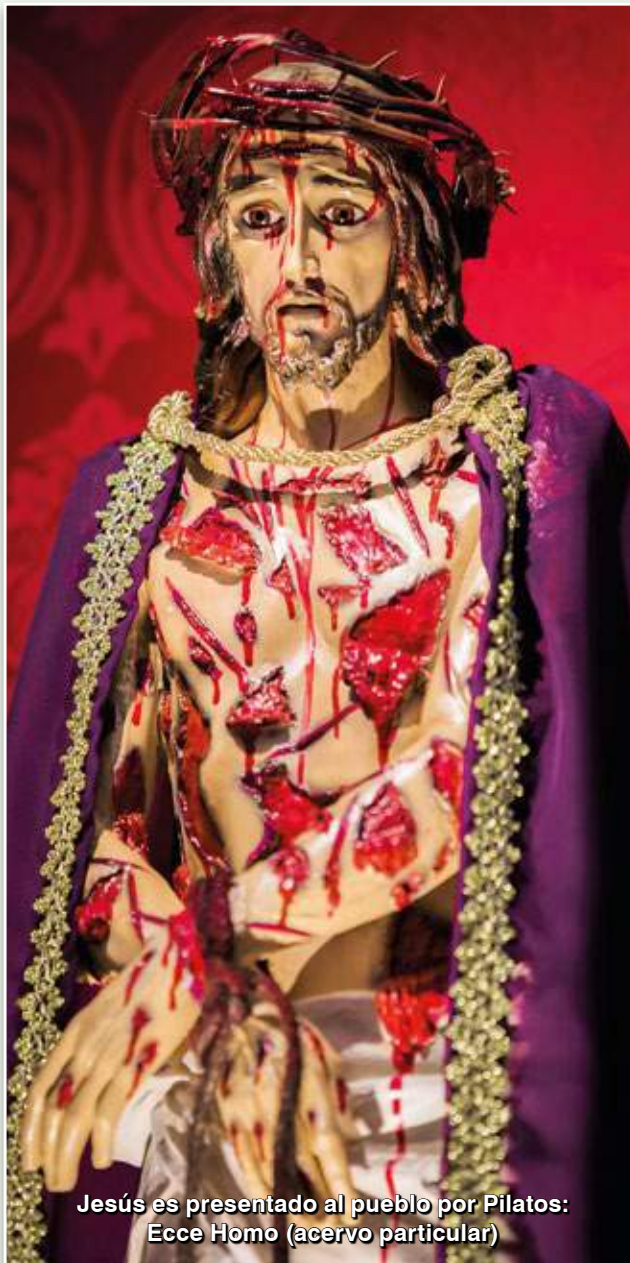
Carácter fundamentalmente moral del plan de Dios

¿Y qué papel tiene frente a esto el plan moral?

No es que el plan moral esté en una posición secundaria, es otra cosa. Este tiene una amplitud, un sentido lato y hasta muy extendido, que sobrepasa la interpretación más estricta del examen de conciencia individual, inclusive siendo transpuesto para la clave de los pueblos, si esta equivale apenas a una suma de mortificaciones que los hombres tienen que ofrecer para alcanzar la vida eterna.

La realidad moral a que me refiero es la imposición total del alma humana, alcanzando, por tan-

Mathews Rambo



Jesús es presentado al pueblo por Pilatos: Ecce Homo (acervo particular)



to, la disposición de la voluntad, de la inteligencia y de la sensibilidad; el cumplimiento del Primer Mandamiento en toda su amplitud. Pero en una amplitud tal, que no es apenas el precepto que debe ser cumplido, sino un vuelo de alma hacia Dios, que se realiza, por así decir, independiente del precepto, por una propiedad del alma que camina hacia el Creador.

Fundamentalmente, es la impostación de las almas frente a Él, no sólo para que todas vayan al Cielo y sean felices, sino para que puedan ordenar esta Tierra para la gloria de Dios, teatro de batalla esplendoroso de su gloria.

Nuestro Señor Jesucristo amará la Tierra hasta después de destruirla por el fuego, por ocasión del Juicio; así como un general que aprecia un campo de batalla en el cual ganó una gran contienda. Si después viene un hombre a encender fuego y acaba con los pastos de ese campo de batalla, para el general sería una cosa muy secundaria. Lo importante es que el venció la batalla en aquel campo.

Así también en la Tierra. Los hombres buenos, los justos, la hicieron sagrada por la batalla que vencieron junto a Nuestro Señor Jesucristo.

Es en esa amplitud que se puede hablar del carácter fundamentalmente moral de este plan.

Un sólo todo en el orden moral

Al estudiar ciertas corrientes teológicas, vi que hacían una distinción entre el plan moral y el ontológico. Sin embargo, no me parece adecuado distinguir el plan moral del ontológico de esa manera, porque la raíz de la Moral está en la Ontología. La bue-

Gustavo Krahl



El Divino Maestro - Iglesia de San Juan y San Pablo, Venecia, Italia

na Ontología de las cosas es el fundamento, el punto de partida de la Moral, pues el orden de las cosas está en la naturaleza de las mismas cosas, es un imperativo de esta naturaleza.

...debemos pensar en Nuestro Señor Jesucristo Sacerdote: ofreciendo ese inmenso bonum, verum, pulchrum que su preciosa Sangre hizo posible.

En aquella época, yo leí eso, percibí que estaba errado pero no sabía refutar. Con el transcurso de los años, fui reflexionando y consiguiendo explicitar.

Además, el orden moral *latu sensu* está íntimamente vinculado al orden moral en su sentido estricto. Ellos se condicionan mutuamente. De manera que no puede haber un orden moral sin verdadero *pulchrum*¹, sin un auténtico *verum*; y no puede haber un auténtico *verum* sin *pulchrum*; a su vez los tres elementos del triángulo se revierten unos a los otros y constituyen un sólo todo en el cual, sin embargo, se pueden hacer distinciones.

Entonces, un mundo pulcro, sucesos pulcros, almas pulcra, una Historia pulcra, todo esto hace parte de ese conjunto moral al cual me refiero.

Es así también como debemos pensar en Nuestro Señor Jesucristo Sacerdote: ofreciendo ese inmenso *bonum, verum, pulchrum* que su Sangre preciosa hizo posible.

En cuanto Rey, Él tenía el plan de hacer que la Historia presentara un *verum, bonum, pulchrum* resplandeciente; y que la Tierra fuera más bella, después de vencer la prueba y las tentaciones del demonio, de lo que sería si el demonio no hubiera tenido oportunidad de tentar

Pensemos en los barcos de Vasco de Gama intentando atravesar el cabo de la Buena Esperanza. Aquello tiene un *pulchrum* en sí, que es el *pulchrum* de la tormenta y el del hombre buscando enfrentarla. Tiene una belleza propia de la lucha del hombre contra los elementos.

Mayor aún es la belleza de la lucha del hombre contra el hombre. Y una batalla — que es la lucha de muchos contra muchos — tiene una belleza muy superior que la lucha de uno contra otro.

Reflejos de la trilogía en el mundo angélico

Trascendiendo al mundo angélico, yo sería propenso a pensar que los elementos de esas tres manifestaciones de gloria de Nuestro Señor— Rey, Sacerdote y Profeta — se encuentran reflejadas en el orden angélico, de manera que hay Ángeles llamados, por su naturaleza, a glorificarlo más en cuanto Rey, Ángeles más glorificadores del Sacerdote, y otros más glorificadores del Profeta.

En torno de esa hipótesis — que someto enteramente a las enseñanzas de la Iglesia — habría temas muy “suculentos” para abordar, como por ejemplo: ¿Cuál es el coro angélico más alto?

Absolutamente hablando, ¿qué es más elevado, la realeza o el sacerdocio? ¿O será, en algún sentido, el profetismo? Una vez que el profeta, en cuanto receptor de una comunicación de Dios, recibe en este orden algo superior a él mismo, ¿no es esto ser más que rey y que sacerdote?

Sería muy bonito, a la luz de estas consideraciones, clasificar los coros angélicos existentes, e imaginarlos constituidos así, resplandeciendo y cantando a Nuestro Señor Jesucristo como Rey, como Profeta y como Sacerdote de maneras diferentes.

Refulgencias en el mundo visible

Nascería de ahí una pregunta que me encanta, pero para la cual no tengo sino vislumbres de respuesta: ¿En un mundo sensible, visible, como también en el mundo de las almas, se podría imaginar almas más dirigidas a contemplar a Nuestro Señor Jesucristo como Rey, otras como Sacerdote y otras como Profeta?

La consideración de Nuestro Señor Jesucristo como Guerrero cabe evidentemente en el Rey. La condición de general, de guerrero es propia al rey. El rey, cuando no es obe-

La consideración de Nuestro Señor Jesucristo como Guerrero cabe evidentemente en el Rey. Cristo gladífero sería Él en cuanto Rey, que avanza empuñando la espada para mandar, etc.

decido o es violada su voluntad en algún punto, lucha y hace la guerra para imponer su voluntad. Esto es conforme al orden y el derecho. Es al-

go esencial a la función de Rey. Cristo gladífero sería Él en cuanto Rey, que avanza empuñando una espada para mandar, etc.

¿Entonces, en esta Tierra no podríamos considerar vislumbres de esto, por ejemplo, en el padre de familia? ¿Él no tiene un poco de sacerdote, de rey y de profeta? Posee resplandores.

Es conocido el aforismo: “El padre es rey de sus hijos, el rey es padre de los padres.” Realmente, la presencia del padre sólo es plena en casa, cuando es majestuoso, atractivo, la animación del hogar. Él llena la casa con el fuerte dinamismo y el pulsar de su alma.

De otro lado, el padre tiene cualquier cosa de sacerdotal. La misión sacerdotal fue asumida por el sacerdocio sobrenatural y pertenece a una clase instituida por Nuestro Señor. Pero no deja de ser verdad que el padre de familia conserva residualmente una representación de la familia junto a Dios. Y por causa de esto él es quien consagra la familia al Sagrado Corazón de Jesús, no es necesariamente el sacerdote; él puede rezar, dar la bendición, tiene ciertas funciones de intermediario natural junto a Dios, que no desaparecerán.

En cierta ocasión, un obispo me dijo que Dios atiende la oración del padre y de la madre mucho más especialmente que cualquier otra

plegaria. Porque aquel es el padre, y aquella es la madre; aunque una persona pueda rezar por el hijo de otro con mayor fervor, con más virtud, si el padre es quien está pidiendo, Dios tiene una especial consideración a esta oración. No quiere decir que Él atienda más la oración del padre que la de un Santo, sino que éste es un título especial



Cristo Gladífero
Catedral de Amiens,
Francia



Francisco Lecaros



Jesús expulsa los mercaderes del Templo - Catedral de Astorga, España

Historia se mueva en el sentido de la gloria de Dios.

Todo eso ponderado y considerando la Historia del conjunto de la humanidad, en el Juicio Final relucirían sucesivamente esas tres luces, con aclamaciones y esplendores, sin nunca dejar de brillar, cintilando a veces más, a veces menos. Entonces, delante de un determinado acontecimiento que fuera preponderantemente regio, sacerdotal o profético, ora las almas regias, ora las sacerdotales, ora las proféticas clamarían de un modo propio y darían bajo ese título una gloria especial a la Santísima Trinidad, al Verbo Encarnado, a Nuestra Señora.

La institución de la Iglesia fue un acto de realeza del Redentor

Maria Santísima tendría, como nadie, una correlación con cada uno de esos tres títulos, en la debida proporción y de modo uniforme. Ella es *Regina Prophetarum* y la Corredentora del género humano.

Rey, Sacerdote y Profeta en el Evangelio

Constituye una bellísima lectura del Evangelio considerar, en las varias actitudes de Nuestro Señor, si Él está actuando como Rey, como Profeta o como Sacerdote. Y tomar la figura del Santo Sudario imaginándola animada, hablando y expresándose conforme las diversas escenas evangélicas.

Entonces, vemos que en Nuestro Señor, el concepto de realeza toma una amplitud diferente de aquel que la inteligencia humana sería llevada a concebir. Desde luego los límites se rasgan. Por ejemplo, el poder que tenía de hacer milagros, entiendo que lo ejercía como Rey: mandar calmar la tempestad, expulsar los vendedores del Templo son característicos actos de realeza.

propio a ser atendido. De tal manera que un mal padre que haga una buena oración a favor de su hijo, tendrá especiales condiciones para ser atendido. *A fortiori* si fuera buen papá. Hay cualquier cosa de sacerdotal en eso, y la familia vive sus horas augustas de ese modo.

Profeta. No se puede negar que muy difusamente se encuentra aquí, allá y más allá, además de la función de guía, propia al profetismo, una cierta capacidad de preconización del futuro en determinados padres y madres: “Mira, cuidado, va a suceder así...” O entonces cuando dicen: “Buen hijo, tú vas a ser bendecido, Dios te va a dar tales gracias...”; y, de un modo o de otro, Dios concede. Es un complemento armonioso de la autoridad paterna.

¿No tendremos una obligación de desarrollar ese triple aspecto de nuestra personalidad? ¿Y en el Reino de Maria esos tres lados no van relucir mucho más en los hombres, aunque en proporción a la vocación de cada uno? Yo creo que sí.

Por ejemplo, San Ignacio de Loyola era un verdadero rey, sacerdote y profeta para sus hijos espirituales.

Distinguiendo esta trilogía en los sucesos de la Historia

Se podría hacer una Historia que tratara de distinguir los aspectos “regios”, “proféticos” y “sacerdotales”, presentes en el ejercicio de poder y en la historia de alguien a lo largo de su vida. Así, todos los sucesos históricos darían gloria a Nuestro Señor Jesucristo en cuanto Rey, Profeta y Sacerdote, en la medida que en esos acontecimientos, esos aspectos se destacaran más especialmente.

Entonces, por ejemplo, ¿la batalla de Lepanto no es una glorificación de la realeza de Nuestro Señor Jesucristo, en lo que tiene de más excelente, que es la realeza de Nuestra Señora? A mi ver, se puede y se debe pensar eso.

Considerados bajo este prisma, los acontecimientos de la Historia, a medida que se suceden, glorificarían a Nuestro Señor Jesucristo, a la Santísima Trinidad por medio de Nuestra Señora, pues todas las gracias y favores concedidos por Dios a lo largo de la Historia, vendrían porque Ella los pidió. Se comprende así la omnipotencia suplicante de María, consiguiendo que la rueda de la



También cuando instituyó la Iglesia fue un acto de realeza. Porque es propio al rey constituir una institución. De algún modo la realeza antecede al reino, el rey funda el reino. Nuestro Señor Jesucristo, fundando la Iglesia, en un sentido más especial funda su Reino. Entonces: “Tu eres Pedro y sobre esta piedra... Yo te daré las llaves del Reino del Cielo...” (cf. *Mat 16, 18- 19*), ¡tiene una majestad!

Era Rey coronado de espinas. El Rey que reina en la más profunda desgracia.

Entretanto, noten qué cosa bonita: durante toda la Pasión, Nuestro Señor hizo, al mismo tiempo, el papel de Rey, de Sacerdote y de Profeta. Porque profetizó su victoria durante toda la Pasión.

Una de las notas de la divina altivez durante toda la Pasión, es la profecía de su victoria. Él, como Rey, coronado de espinas, pero que entretanto sabía muy bien que llegaría un momento en que el portador de la más alta corona de la Tierra, en cierto sentido, la corona de Francia, haría una capilla para guardar una espina de la Divina Corona. A pe-

sar de la burla de aquellos verdugos, Él tenía la seguridad del Profeta.

Cuando Nuestro Señor dijo “Destruíd este templo y Yo lo reconstruiré en tres días” (*Jn 2, 19*), hablaba de Sí mismo como templo, y que resucitaría al cabo de tres días. Entra ahí el Sacerdote, en términos magníficos, hablando de Sí mismo como si fuera un templo: Pontífice y Víctima. Porque siendo Víctima también actúa como Sacerdote. O sea, las cosas se entrecruzan.

Nuestro Señor, con una vara en la mano, el cetro de escarnio de la realeza, y la túnica de bobo, sabía, sin embargo, que todos los doctores analizarían punto por punto lo que Él había dicho, y encontrarían abismos de sabiduría donde aquellos ignorantes estaban haciendo lo que hicieron. Es un profetismo de sabiduría.

¡Ningún rey osaría empuñar esa caña! Voy a decir más: ningún Papa osaría empuñarla. A lo sumo, consideraría una gloria inmensa tener un pequeño fragmento de esa caña.

Al final, ¡Rey fue Él! y sabía que todo aquello proclamaba su grandeza. Es decir, era Profeta, un Rey que profetizaba, y que se ofrecía como Víctima. Era, pues, en su Pasión, el Rey, el Profeta y el Sacerdote. ¡Es una verdadera belleza! ♦

(Extraído de conferencia de
26/11/1982)

1) *Pulchrum*, del latín, belleza, en la trilogía *Verum, Bonum, Pulchrum*, llamada de los trascendentales del ser.

Jesús es condenado
a muerte – Museo
de la Semana Santa,
Zamora, España



Marco para la figura de San Willehado

Los sajones eran paganos muy agresivos e invadían frecuentemente las tierras de los francos, cometiendo crímenes y pillajes. En una cruzada en defensa de la Religión Católica, Carlomagno los atacó y los derrotó. Ellos se rebelaron, pero el Emperador los venció de nuevo, imponiéndoles un tributo en beneficio de la Santa Iglesia

San Willehado, obispo y confesor. Fue el primer obispo de Bremen, Diócesis creada por el Emperador Carlomagno después de sus conquistas. En el año 788, 21º de su reinado, Carlomagno dio a aquella iglesia un diploma redactado en los siguientes términos:

“En nombre de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, Carlos por voluntad de la Providencia Divina, Rey. Bajo el auxilio del Dios de los ejércitos conseguimos una victoria en las guerras. Es sólo en Él que nos gloriamos. Y es de Él de quien nosotros esperamos en este mundo la paz y la prosperidad, y en el otro la recompensa eterna.

Sálvense pues todos los fieles de Cristo, y los sajones rebeldes a nuestros ancestros, por la obstinación de la perfidia y por un tan largo tiempo rebeldes a Dios y a Nos,

hasta que los hubiésemos vencido por la cruz del Señor; no por la nuestra. Por su misericordia, recibimos la gracia del bautismo, y los llevamos a la antigua libertad, liberándolos de todos los antiguos tributos que nos deben. Por el amor de Aquél que nos dio la victoria, de tributarios los declaramos devotamente súbditos.

Como se rehusaron a tal regalo y al yugo de nuestro poder, ahora que fueron vencidos por las armas y por la fe, quedan obligados a pagar a Nuestro Señor Jesucristo y a sus sacerdotes el diezmo de todos sus animales, frutos y cultivos”¹.

Celo del poder civil hacia el poder eclesiástico

La ficha hagiográfica no se presta propiamente a un comentario respec-

to de San Willehado, obispo y confesor, porque a propósito de él dice sólo que fue obispo de Bremen y sobre esa ciudad transcribe el decreto de la creación de la Diócesis de Bremen por Carlomagno, el año 788.

De manera que inevitablemente el comentario tiene que ser sobre el decreto. Parece una cosa extravagante hacer al respecto de un documento legal una conferencia que debería versar sobre la vida de un santo. Quien leyese los decretos promulgados hoy, no encontraría tema para tal conferencia. Por ejemplo, un decreto sobre el tránsito o, como en el caso presente, sobre cuestiones fiscales –porque Carlomagno está ordenando un impuesto–: ¿Qué materias de vida espiritual pueden haber?

Es interesante que analicemos este decreto para comprender la modificación completa del ambiente que va de la civilización cristiana a la de nuestros días: el Emperador describe el modo como ese tributo debe ser pagado y hace obligatorio el cumplimiento de ese deber con la Iglesia.

Vean qué relaciones íntimas entre el poder eclesiástico y el poder civil había en aquel tiempo; el celo del poder civil por el poder eclesiástico. Y con qué abundancia estaba provista la manutención del clero y del culto en la Catedral de Bremen, para la gloria de Dios ante todo y, secundariamente, para la cristianización de esos pueblos aún semi-paganos.

Un acto ilícito que produjo buenos frutos

Observemos otra cosa interesante: ¡Cómo describe el emperador su papel en cuanto cobra ese impuesto! Carlomagno muestra que se trata de un pueblo que era pagano y al cual redujo por las armas, es decir, que tiene sobre ese pueblo el derecho de

conquista. Y un derecho de conquista legítimo, porque los sajones, muy agresivos, continuamente invadían las tierras de los francos de quien Carlomagno era Rey, haciendo provocaciones, cometiendo crímenes y pillajes en las fronteras y queriendo imponer la religión pagana.

Entonces, Carlomagno en una cruzada en defensa de la Religión Católica, invadió sus tierras y los derrotó. Pasándose un poco de los límites estableció el principio: o cree o muere; quien no es bautizado debe ser muerto. Y naturalmente el número de los bautismos fue enorme.

También la cantidad de ejecuciones capitales fue muy grande. Corrió agua bautismal y corrió sangre por torrentes en esa ocasión. Y él hasta fue censurado por el Papa pues no se puede colocar a nadie delante de la alternativa: o cree o muere.

Estoy de acuerdo con el Papa y no con Carlomagno. Y voy sin embargo a hacer la siguiente observación – no en una actitud contestataria, lejos de mí eso–: muchos bautizados forzados dieron buen resultado; y des-

pués ellos y sus hijos crecieron en la fe católica y en ella perseveraron hasta hoy, o hasta hace poco tiempo.

O sea, tal vez no haya sido enteramente lícito, o no fue lícito y por eso no fue bueno. Afirmar que no haya sido útil ya es otra cuestión.

Produjo sus frutos...

De la barbarie hacia la cima de la cultura y de la civilización

Después el Emperador muestra cómo los sajones se rebelaron nuevamente, y Carlomagno tuvo que ejercer otra vez una acción de conquista sobre ese pueblo. Y entonces los sajones vivían por la misericordia del Emperador. Conforme a las leyes de la guerra, él podría haber exterminado a los sajones pues junto a ellos no era posible vivir, o haber reducido a muchos al cautiverio.

Carlomagno no hizo nada de eso. Él construyó fortalezas, intensificó la cristianización, pero cobró un impuesto particularmente grande porque los sajones eran rebeldes venci-



Carlomagno recibe la sumisión de un rey vencido – Palacio de Versalles, Francia



Aspectos de la ciudad de Bremen, Alemania



dos. Y el rebelde vencido está obligado a un impuesto mayor.

De esta forma, vemos cómo él sabía atemperar la justicia con la misericordia. Mostró ser misericordioso con ese pueblo en varias circunstancias, pero llegando el momento de la justicia, tenía todo el derecho de exigir el impuesto.

He hablado de exterminio. Evidentemente, Carlomagno no podía exterminar al pueblo entero, pero sí ordenar la muerte de un cierto número de ellos que fuesen presos con armas en las manos, para intimidar y para que nunca más tuviesen la posibilidad de volver a atacar. Se ve que él fue benigno, no llevó las cosas tan lejos; por el contrario, supo atenuarlas de manera que, dotando a la catedral y al clero tan bien, obligaba al pueblo a pagar un impuesto, cuya principal ventaja era para Dios.

Dios no necesita de nada, era para el culto divino. Y el pueblo tenía el mayor de los beneficios, pues bien implantada la Religión en una situación de prestigio, apoyada por el poder temporal del Emperador, dotada de medios para influenciar, podía echar bien profundas sus raíces en medio de aquella gente. Y esto para ellos era lo mejor, pues salían del estado de barbarie y podían llegar, como de hecho

llegaron, a la cumbre de la cultura y de la civilización. ¡Es Alemania!

Comprendemos por tanto cómo Carlomagno era sabio y bienhechor en lo que estaba disponiendo y estableciendo. Está más o menos dicho en el decreto, aunque éste no descienda tanto al fondo de las cosas.

Carlomagno, servidor de la Santa Iglesia

Es bonito notar como el Emperador atribuyó todas esas victorias a Dios. Él dice: vencimos por el auxilio divino, como quien afirma: sé que vencí en esas batallas, pero no fui más que mero instrumento de Dios; si no fuera por la intervención de Él, yo habría perdido esa guerra.

Todas esas ideas acerca de la misión de Carlomagno en la Historia, de su papel junto a los pueblos paganos, como distribuidor de la justicia y de la misericordia en nombre de Dios, como brazo derecho de la Iglesia en el orden temporal, todo eso cabe en el título inicial que es este: “En nombre de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, Carlos, por voluntad de la Providencia Divina, Rey.” ¡Es una expresión de una belleza extraordinaria!

Observen lo incisivo de las palabras. O sea, aquí estoy yo, pero to-

do baja de lo alto. Da la impresión de que la mención de ese título está acompañada de revoloteos de ángeles, de campanas de catedrales que tocan, de esplendor y de luz en el cielo: Carlos, por voluntad del Omnipotente, Rey, porque la Providencia Divina quería que él fuese rey. El representante de Dios para las cosas temporales y el servidor de la Santa Iglesia Católica en todo cuanto Ella pueda querer dentro del orden temporal.

Todo cuanto la palabra rey tiene de sagrado, toda la plenitud de su poder brilla por causa de lo que viene antes: es la voluntad de Dios, un designio de la Providencia que da fundamento, sentido y tonifica ese poder. Comprendemos entonces la belleza de ese decreto.

La verdadera vida es la santidad

¿A esos comentarios será enteramente extraño San Willehado?

Creo que de ningún modo. Todo esto está para San Willehado más o menos como el florero para la flor. Tomen un florero magnífico hecho para contener una flor. Mientras no haya una flor, se encuentra en una cierta orfandad. El florero sólo se explica, solo muestra su belleza en-



tera cuando en él se pone una flor más bella aún que el propio florero; la belleza de la naturaleza, de la obra directa de Dios, supera –de algún modo– la pulcritud salida de las manos del hombre para contener aquella obra prima de la naturaleza.

Y San Willehado es la flor de ese florero. O sea, ¿de qué serviría la catedral grande, el solio episcopal, el gran Emperador, si para un lugar como ése nunca fuese designado un verdadero santo, si el perfume y la fermentación de la santidad no se esparciesen allí? Todas esas cosas son bellas, son nobles, están en el diseño de la Providencia, en la medida que sirven a la influencia de la santidad y como instrumentos de ella. Pero la verdadera vida de todo esto es la santidad.

Entonces podemos imaginar a Bremen con su catedral nueva, las hileras de sajones convertidos que van en días determinados a entregar sus diezmos para que el templo y el culto divino sean mantenidos convenientemente y también los cánticos y



Lucio C. R. Alves

el pueblo. Pero nada es tan bello como suponer el solio episcopal con el santo, representando a Dios, con una plenitud y una densidad de representación mucho mayor aún que la de Carlomagno. El poder espiritual vale más que el poder temporal porque es más densamente sagrado. Willehado está representando a Dios en cuanto obispo y en cuanto santo.

Comprendemos entonces quién era él en su catedral y en la Cristiandad naciente; en aquel ambiente preparado por el celo de Carlomagno, él era la flor. De él procedía el perfume, el encanto de la vida, de la vida sobrenatural, de la gracia. Así tenemos entonces el marco en el que podemos imaginar la figura de San Willehado.

¿Imaginar cómo? Para nosotros es la figura del tipo ideal de un obispo, de un santo que es el tipo ideal del católico. Le podemos atribuir un físico según nuestra fantasía. Pero sabemos en líneas generales cómo es su alma, porque los santos son todos tan diferentes unos de los otros y tan parecidos unos con otros. Allí había un santo: está todo dicho. De manera que el “Santo del Día” comienza así: Carlos, por voluntad de Dios y por designio de la Providencia, Rey. Y termina así: San Willehado, obispo por voluntad de Dios y designio de la Providencia, Santo. Inicia con un Rey y termina con un Santo. Ahí está la edad media en su esplendor. ❖

(Extraído de conferencia de 8/11/1971)

1) No disponemos de los datos biográficos de esta ficha

SANTORAL

1. Solemnidad de Todos los Santos

San Nuno Álvares Pereira, († 1431). Condestable del Reino de Portugal, vencedor de muchas batallas, abandonó el mundo e ingresó en la Orden Carmelita, bajo el nombre de Nuno de Santa María.

2. Celebración de todos los fieles Difuntos.

San Ambrosio de Augano, abad († c 520). Por su ejemplar conducta, fue enviado como abad al monasterio de Saint-Maurice, en Valais, Suiza, donde estableció la práctica de la alabanza perpetua.

3. San Martín de Porres, religioso († 1639).

Beata Alpaide de Cudot, virgen († 1211). Siendo muy joven fue cruelmente golpeada y abandonada por sus familiares. Vivió recluida en una pequeña celda hasta la vejez, en Cudot, Francia.

4. XXXI Domingo del Tiempo Ordinario.

San Carlos Borromeo, obispo († 1584).



Santa Gertrudis

San Félix de Valois († siglo XIII).

Príncipe de la casa real francesa, renunció al mundo y ayudó a San Juan de Mata en la fundación de la Orden de la Santísima Trinidad para la Liberación de los Cativos.

5. San Gerardo, obispo († 1123).

Hombre de admirable sencillez, brilló por su profunda humildad como el canónigo regular de San Agustín y más aún como Obispo de Béziers, Francia.

6. Beata Cristina de Stommeln, virgen († 1312).

Ingresó a los 12 años en el convento de las beguinas de Colonia, Alemania, y a los 15 recibió los estigmas de la Pasión.

7. San Atenodoro, obispo († S. III).

De noble familia pagana, se convirtió junto con su hermano, San Gregorio Taumaturgo. Fue obispo de Nueva Cesárea, en Capadocia.

8. San Willehado, obispo († 789).

Ver página 16.

9. Dedicación de la Basílica de León.

Beato Luis Morbioli († 1485). Hijo de una antigua familia de Bolonia, Italia, a los 29 años dejó el camino de los vicios y llevó vida de penitente. Con su palabra y su ejemplo convirtió a muchos para la vida de piedad.

10. San León Magno, Papa y Doctor de la Iglesia († 461).

San Justo, obispo († 627). Enviado por el Papa San Gregorio Magno para ayudar a San Agustín en la evangelización de Inglaterra, fue elegido Obispo de Rochester y después de Canterbury.

11. XXXII Domingo del Tiempo Ordinario.

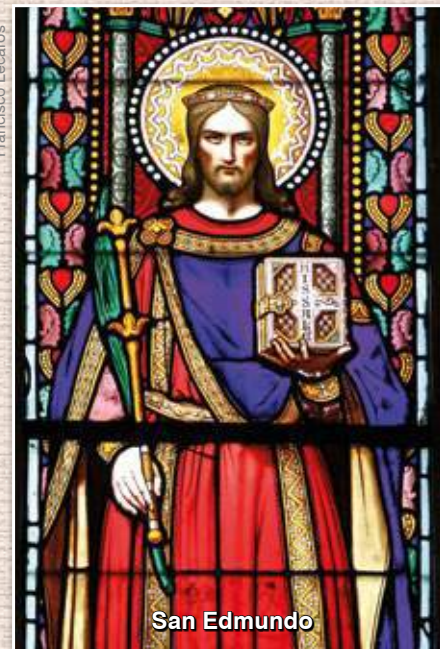
San Martín de Tours, obispo († 397).

Santa Marina de Omura, virgen y mártir († 1634). Terciaria Dominica que fue encarcelada en Nagasaki, Ja-

pón, llevada a una casa pública para escarnio de su castidad, y finalmente quemada viva.

12. San Josafat, obispo y mártir († 1623).

San Emiliano, presbítero († 574). Después de muchos años de vida eremítica en las cercanías de Berceo, España, abrazó la vida monástica, tornándose ejemplo de generosidad hacia los pobres.



San Edmundo

13. San Homobono († 1197). Comerciante de Cremona, Italia, que se destacó por su caridad hacia los pobres y los niños abandonados.

14. Santos Nicolás Tavelic, Deodato Aribert, Esteban de Cuneo y Pedro de Narbona, presbíteros y mártires († 1391). Religiosos franciscanos quemados vivos por los sarracenos en Jerusalén, por predicar públicamente la Religión Cristiana.

15. San Alberto Magno, obispo y Doctor de la Iglesia († 1280).

San Rafael de San José, presbítero († 1907). Ingeniero militar, participó de la insurrección lituano-polaca

* NOVIEMBRE *

Mentzingen (CC3.0)



San Odón

contra Rusia y fue condenado a trabajos forzados. Una vez liberado, decidió hacerse carmelita.

16. Santa Margarita de Escocia, reina († 1093).

Santa Gertrudis, virgen († 1302). Religiosa del convento cisterciense de Helfta, Alemania, recibió revelaciones sobre el Sagrado Corazón de Jesús.

17. Santa Isabel de Hungría, religiosa († 1231).

Beato Lupo Sebastián Hunot, presbítero († 1794). Por ser sacerdote, fue encerrado en un barco-prisión anclado en Rochefort, Francia, donde murió consumido por las fiebres.

18. XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario.

Dedicación de las Basílicas de San Pedro y San Pablo, Apóstoles.

San Odón, abad († 942). Segundo abad de Cluny, reformó la observancia monástica según la Regla de San Benito.

19. Santos Roque González, Alfonso Rodríguez y Juan del Castillo, presbíteros y mártires († 1628).

Santa Matilde, virgen († c. 1298). Maestra de Santa Gertrudis en el Monasterio de Helfta, Alemania.

20. San Edmundo, mártir († 869). Rey de los anglos orientales, fue cap-

turado por los invasores paganos y mereció la corona del martirio.

21. Presentación de la Virgen.

San Agapio de Cesarea, mártir († 306). Después de ser sometido a diversos suplicios en la ciudad de Cesarea de Palestina, fue arrojado al mar con piedras atadas en los pies.

22. Santa Cecilia, virgen y mártir († S. Inc.).

San Benigno, obispo († c.470). Durante la gran perturbación causada por las invasiones en Milán, Italia, administró su diócesis con gran celo y piedad.

23. San Clemente I, Papa y mártir († S. I).

San Columbano, abad († 615).

24. San Andrés Dung-Lac, presbítero y compañeros, mártires († 1625 a 1886).

San Porciano, abad († d. 532). Siendo joven esclavo, buscó refugio en un monasterio de la región de Auvergne, Francia, del que llegó a ser Abad.

25. Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo. Ver página 10.

Santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir († s. inc.).

San Márculo de Numidia, obispo y mártir († 347). Según la tradición, fue despeñado desde una roca, en Argelia, en tiempo del emperador Constante.

26. Beata Delfina († 1358-1360). Esposa de San Eleazar de Sabran, Conde de Ariano (en el Reino de Nápoles), con el que hizo voto de guardar castidad. Después de la muerte de su esposo, vivió en pobreza y dedicada a la oración.

27. Nuestra Señora de las Gracias, Medalla Milagrosa.

San Gulstano (o Gustano), monje († c 1040). Siendo aún muy joven, escapó de las manos de los piratas y fue acogido por San Félix en el monasterio de Rhuys, Francia. Aunque analfabeto, recitaba de memoria el Salterio y prestaba asistencia a los navegantes.

28. San Santiago de la Marca, presbítero († 1476). Religioso de la Orden de los Menores en Nápoles, Italia, brilló por su predicación y austeridad de vida.

29. Beato Dionisio de la Natividad, presbítero, y **Redentor de la Cruz,** mártires († 1638). Carmelitas descalzos martirizados en la isla de Sumatra, Indonesia.

30. San Andrés, Apóstol.

San Tugdual, abad y obispo († s. VI). Fue el primer obispo de Tréguier, en Bretaña Menor, Francia. Construyó allí varios monasterios.



San Félix de Valois

Francisco Lecaros

El amor a lo maravilloso por medio de la admiración a los arquetipos



Uno de los mejores modos de prepararse para la visión beatífica es, ya en esta Tierra, amar lo maravilloso por medio de la admiración a los arquetipos. ¿Qué relación tiene ese amor con la práctica del primer Mandamiento?

Para saber qué es un arquetipo, es necesario saber qué es un tipo: la palabra arquetipo viene de “archi” [arque] y “tipo”.

Definiendo lo que es un tipo y un arquetipo

Archibancada¹ es una “bancada” (escalón) que está encima de otra. Tal cosa es archiconocida, es decir, hay una cantidad de otras cosas que son conocidas, ésta es más conocida que las otras; más que otras muchas.

Entonces, cada conocimiento, es decir, cada escalón de una escalera es análogo al otro, pero el escalón más alto puede ser más ornamentado, por ejemplo con un tapiz que deja caer los flecos. Es el más importante, porque es el final de la escalera. De alguna manera es el “arquetipo” de los otros escalones.

En el lenguaje de nuestra comisión de estudios, llamamos “*arquetipía*” al hecho de que Dios puso un orden en las criaturas, una relación, por la cual unas son “tipos” de las otras, y la que

está más alta es la arquetípica. Es decir, es el tipo de los tipos.

Una rosa, por ejemplo: es bonita y agradable de ver. Es posible que a alguien le guste mirarla, aunque no la considere un “tipo”. Pero si tiene todas las formas de belleza propias a esa flor, decimos: “¡Rosa es esto!” O sea, es una rosa que caracteriza, que resume en sí, que reúne las cualidades de todas las rosas. ¡Es el tipo!

Fulano es un brasileño típico. ¿Qué quiere decir esto? Que se trata de un brasileño que reúne en sí

las cualidades comunes de la nación – icualidades y defectos! –, pero de forma especial aquello por donde el brasileño, en sus cualidades y en sus defectos, es diferente de las otras naciones. Entonces, mirándole, se dice: “¡aquél es típico!”

Dentro del Brasil hay tipos. Puede ser un gaucho típico, un catarinense, un paranaense, un paulista, un carioca². Recorreríamos toda la lista de los Estados, y cada uno tiene su tipo. Es decir, tiene todas las características que todos tienen, más aquello por donde, en aquél Estado las personas son diferentes de las otras, él lo tiene muy acentuadamente. Entonces, él es un tipo de aquél Estado.

El arquetipo es el tipo multiplicado por el tipo.

Otro ejemplo: “Fulano es un siamés típico”. Es decir que él tiene todo cuanto es propio a alguien que nació en Indochina donde estaba el antiguo Reino de Siam. O sea, tiene todo cuanto es propio a quien nació allí, pero lo tiene de un modo característico que lo diferencia de los otros. Cuando ese “todo” que él reúne es “todísimo” y lo que lo diferencia, lo diferencia mucho, entonces él es un arquetipo. Tiene aquello llevado al más alto grado.

Tipos y arquetipos en la creación

Entonces, la tesis es esta: Dios Nuestro Señor creó las cosas de tal manera que, por ejemplo toda especie de piedras acaba teniendo una que es el arquetipo de las otras. Hay piedras comunes, piedras “tipos” y piedras “arquetipos”.

Podemos imaginar un rubí que un joyero sujeta con una pinza. Le preguntan:

-- ¿Qué piedra es esa?

Él la analiza, piensa un poco y dice:

-- ¿Será un berilo? ¿Será una turmalina roja? ¿Será un granate?

Después toma otro, piensa un poco más y dice:

-- ¡Esto aquí es un rubí!

Éste es un “tipo”.

El primero es un rubí medio apagado, que se confunde con otras cosas. El segundo, no. ¡Es un rubí típico! Pero si le muestran un rubí de la colección de los antiguos Shah de Persia, un rubí multiplicado por el rubí, él dice:

-- !!!Oh... qué rubí!!!

Tomemos otra cosa: una ardilla. Es un animalito tan gracioso, que hace cosas que son encantadoras.

Entendemos, y hay ciertos fundamentos de eso en Santo Tomás, que todas las ardillas que Dios creó des-



Stephen Nanni

de el comienzo del mundo hasta el fin del mundo, no son creadas al azar, sino que forman parte de una colección. De manera que todos los modos de ser principales, posibles en el género ardilla, acaban existiendo hasta el fin del mundo. Y forman una colección de ardillas que mueren. Pero Dios creó esa colección de ardillas.

Colección de colecciones

Así, todo el universo está formado de colecciones. Más perfectas, más graduadas, menos graduadas, pero todo forma colecciones.

Me acuerdo de haber leído una vez, que en un lugar del Polo Sur, por debajo del hielo – el Polo Norte está todo hecho de agua consolidada, ya el Polo Sur tiene tierra – hay cardúmenes de camarones tan numerosos que a través de las aguas heladas medio transparentes, se ve pasear el rosáceo. No es bien exactamente rosáceo, es aquél color típico del camarón.

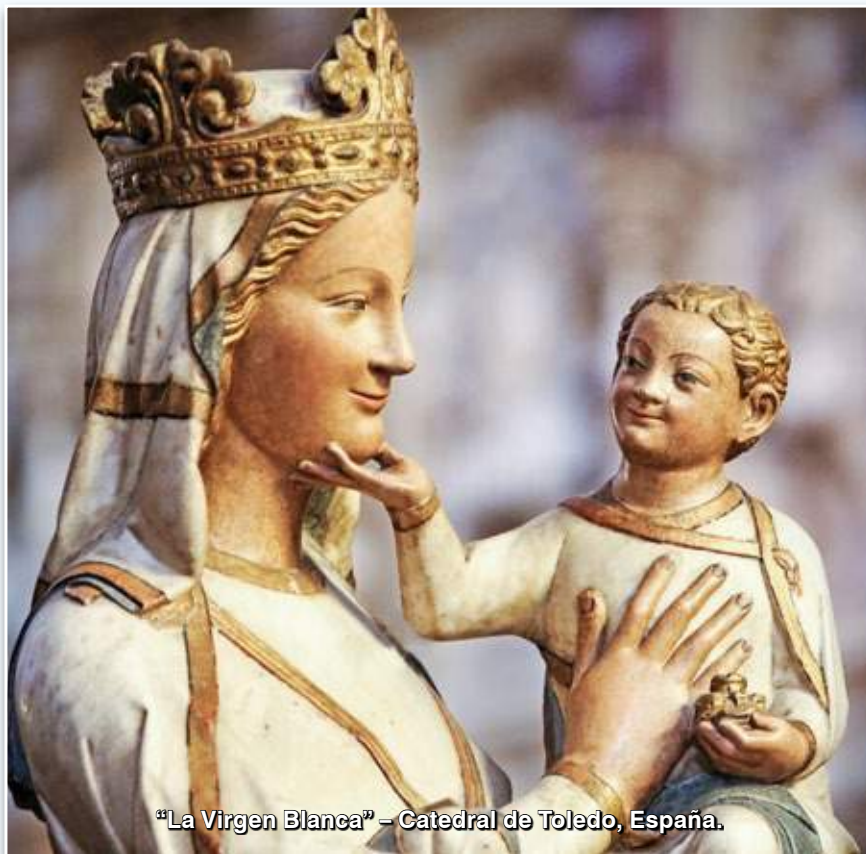
Desde el comienzo hasta el fin del mundo, todos los camarones, al final, completan una colección. De manera



Gustavo Krahl



Éric F. S. Varela



“La Virgen Blanca” – Catedral de Toledo, España.

que – si fuese posible ver todos los camarones que hubo y habrá hasta el fin del mundo – quien los viese, comprendería que es una verdadera belleza.

Alguien podría decir:

“¿Por qué Dios hace eso?” Si esos bichos desaparecen y Él, entre tanto es eterno, y tiene en Sí todas las perfecciones, ¿qué beneficio tiene en ver esos animalitos?

Para dar una respuesta: basta que los Ángeles los vean para estar justificada la existencia. Los Ángeles asisten a todo eso. Ellos están situados – de alguna manera – fuera del tiempo. Para ellos todo es de algún modo simultáneo; “de algún modo”, estoy simplificando. Entonces, ellos tienen esa noción y cantan glorias a Dios.

Se podrá objetar: “Pero cuando se acabe el mundo, también se acabó eso”.

Respondo: No, queda en su recuerdo, eso permanece. Permanece en nuestra admiración, porque nosotros no vemos como ellos y no podemos imaginar cómo es.

Entonces, es una cosa bonita, por ejemplo, que mirando a la ardilla nos preguntemos: “¿Cuántas modalidades de ardillas hubo y habrá hasta el fin del mundo?; ¿En cada género, cuántas especies?; ¿En cada especie, cuántas familias?; ¿En cada familia, cuántos individuos? ¡Qué riqueza de la obra de Dios! ¡Qué maravilla hay dentro de eso!” Eso podría ser materia para una meditación muy bonita.

Sería interesante, que un día, con calma, tomásemos algunos ejemplos y los analizásemos. ¡Sería una cosa muy adecuada, muy buena!

Imaginen todas las criaturas, ya no apenas cada género, formando una colección, sino todas las criaturas que hubo y hay, en la Tierra, formando una colección – itengan en cuenta que los Ángeles lo ven así! – podemos imaginar qué variedad.

Después, en cada pináculo de una colección un arquetipo, que es como el rey y el monarca de aquella colección. Varias modalidades de arqueti-

po, porque la naturaleza de las ardillas es tan rica que no basta ver sólo una para hacerse idea del “tipo” ardilla. Cinco, cincuenta, cincuenta mil arquetipos de ardilla. ¡Al final se puede imaginar al rey de las ardillas!

Mensajes de Dios

Esto que estoy hablando es accesible y fácil de entender. Y distrae el espíritu. Por ejemplo, ¿No causa un cierto reposo tratar de estas cosas? Ora, la materia es filosófica... creo yo que siendo presentada la cosa de un modo humano, vivo y no apenas esquelético, las cosas de la Filosofía pueden atraer, y aquí tenemos un ejemplo concreto.

Ahora bien, ¿Por qué Dios creó todo eso? Es para que los Ángeles lo vean. De acuerdo. ¿Sólo para eso? ¿Podrá haber otra razón? ¡La hay! Es que todas esas cosas expresan de algún modo su infinita perfección. Cada ser que existe es como que un mensaje de Dios que nos dice: “Hijo mío, dese cuenta, ¡Yo también soy esto! El esplendor de todas las auroras, la majestad de todos los mediodías, y la dignidad victoriosa de todos los ocasos, todo eso me refleja a Mí. Y si Yo tuviese que ser conocido apenas en ese film fantasmagórico que representa-se todas las auroras, todos los mediodías y todos los ocasos de todos los lugares del mundo, en toda la Historia, aún así, Yo, ni de lejos, estaba suficientemente expresado para que tu tengas una idea de lo que Yo soy. Pero, en fin, aquí está una colección que puede darte una idea genérica, global, de lo que Yo soy, bajo ese punto de vista.

“¡Ahora, mire la ardilla! En su agilidad, en aquello en lo cual ella le hace sonreír, comprenda que hay algo por donde Yo soy infinitamente agradable, atrayente, distensivo. Infinitamente... Siendo infinito, tengo también en Mí la matriz infinita de aquello por donde la ardilla es graciosa. Podría decirse: ‘Soy el mimo, Soy la gracia, Soy la majestad, Soy la

bondad. ¡Vea, hijo mío, son mensajes que Yo le doy!”

La más alta cumbre

Otro ejemplo. Hay una imagen muy bonita – por cierto, son dos imágenes medio parecidas- una es la de Nuestra Señora, aquella que está en la fachada de la Catedral de *Notre-Dame* de París, Nuestra Señora con el Niño Jesús en brazos. ¡Está complaciente, muy materna, con el Niño que reposa en sus brazos con intimidad! Madre e hijo. Ella es regia. El Niño Jesús, Hombre-Dios, ¿No habrá hecho alguna cosa, al estilo infantil y con gracia de niño, para que Ella lo viera?

Otra imagen parecida es la de la Virgen Blanca. San Luis Rey de Francia, primo hermano del Rey San Fernando de España, mandó esa Virgen Blanca a la Catedral de Toledo, donde se conserva y venera. Es una obra prima. ¡Tiene una expresión ligeramente entretenida con la reacción infantil de Dios en relación a Ella! Y Ella, que es Hija del Padre Eterno, Madre del Verbo Encarnado y Esposa del Espíritu Santo, que conoce a Dios como jamás criatura humana le conoció, y que tiene la idea de todas las majestades, de todas las grandezas de Dios como ninguna criatura humana tuvo, Ella sabe que Dios, desde la excelsitud de sus perfecciones, la está haciendo sonreír.

Se siente el vínculo del cariño, de la bondad, y un convite a la confianza en la misericordia; todo esto comunica mil ideas sobre Él, que es el ápice de todo. Es la punta, es la más alta cumbre de todo.

Columna símbolo de ciertas almas

Pero Él no es sólo la más alta cumbre. Es más que eso.

Una vez, vi una ruina de un lugar de la civilización greco-romana de

Asia Menor, en medio de los escombros, ¡una sola columna en pie! Había acontecido de todo, pero aquella columna había quedado en pie, solitaria! Viéndola, sentí un escalofrío. Era una columna de estilo corintio, muy ornamentada, con las hojas de acanto, Y pensé: “¿Por qué razón estoy teniendo esa impresión? ¿Por qué razón llegó a darme escalofrío? Es porque esa columna recuerda cierto tipo de resistencias que el hombre puede oponer, cuando todo cae a su alrededor, pero él continúa en pie”.

Había una altiva familia de príncipes, en Roma, que se llamaba *Colonna* – *Colonna* quiere decir *Columna* – y su blasón era una columna con el lema: *Mole sua stat* – por su propio peso está, por su propia figura, está en pie.

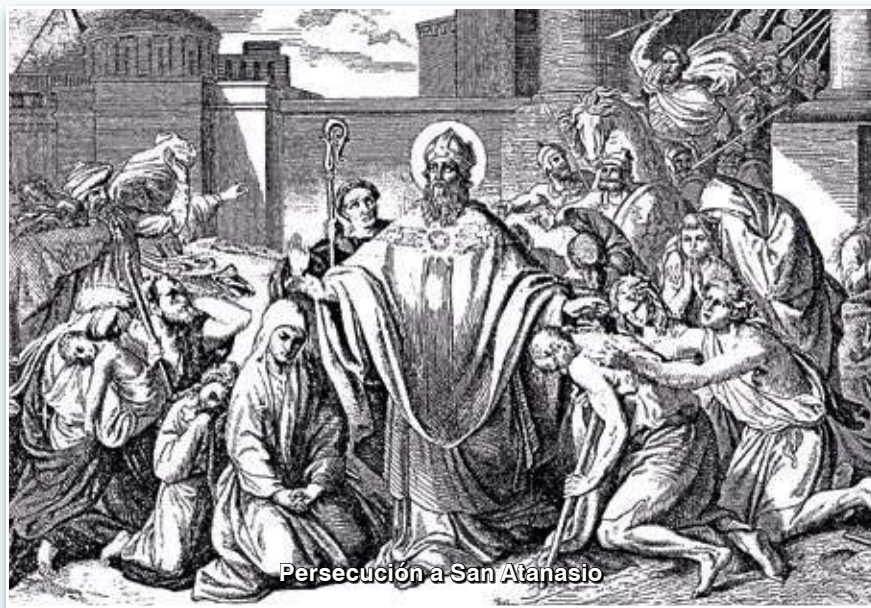
Ahí me di cuenta de cuál era la razón por la que la columna me había estremecido. Comienzo por decir que no me estremezco con el arte griego ni romano, no siento gran interés. Hay cosas muy bonitas, pero no son nada especial para mi gusto. Cada uno tiene su manera de ser. ¡Esta es la mía!

Aquella columna me impresionó, no por ser de estilo griego, sino por estar en pie de aquella manera. Entendí que la columna recordaba un

orden de seres, una categoría de seres muy superiores a la columna, que es el hombre. El hecho de recordar al hombre, de indicar que él transcurre a la columna por su naturaleza – ¡él es mucho más! – la columna tiene, ya sea en piedra o en ladrillo, lo que el hombre tiene en el alma. Firmeza de alma. Esa firmeza, ¡el hombre-columna, la posee!

Por ejemplo, San Atanasio llegó a ser muy perseguido porque combatía a los arrianos con mucho vigor. En el tiempo del Imperio Romano de Occidente y Oriente, ya cristianizado, católico, el mundo entero, de repente, se hizo arriano y él casi se quedó solo en la lucha. Fue tan perseguido que en cierto momento no tuvo otro remedio, para evitar ser muerto, que entrar en la sepultura de sus padres y vivir allí, escondido. Pero él luchó contra todo y contra todos, y el Concilio de Nicea, con un júbilo enorme, terminó definiendo algo sobre la relación entre la naturaleza humana y la naturaleza divina de Jesucristo, concorde con la doctrina verdadera y contra lo que Arrio quería. De ahí se concluía que Nuestra Señora era Madre de Dios.

San Atanasio puede ser llamado *Columna de la Iglesia*. Pobre columna la que vi de pie en medio de las



Persecución a San Atanasio

Otto Blüschman (CC3.0)



ruinas... ¡un terremoto la derrumba!
¡Nada derrumbó a San Atanasio!

Él tenía una gracia de Dios que le ayudó. ¡Pero él correspondió a esa gracia! A muchos Dios les ofrece la gracia y no corresponden. A él no. Dios se la ofreció y correspondió largamente, generosamente. Su nombre permaneció como una especie de gloria de fuego en la Historia de la Iglesia.

San Atanasio trasciende las columnas. Es decir, él es de una naturaleza superior. Aquello que la columna tiene por analogía, él lo tiene con mucha más propiedad, pues está en la naturaleza humana.

Dios es trascendente. Lo que tienen la ardilla, el rubí, la columna, San Atanasio, en Dios es tan superior, pero tan superior que Él trasciende a eso. Es de una tal superioridad que hay un abismo entre Él y nosotros. Del otro lado del abismo, está su perfección.

Por lo siguiente: Podemos decir que San Atanasio era fiel, era fuerte. Pero Dios no es ni fiel ni fuerte, Él es la Fidelidad, la Fortaleza. Todos los que son fieles, lo son por una participación en Él. Es el Motor Inmóvil. Todo subsiste porque Él lo sustenta. Por encima de todo está Él.

A la búsqueda de lo más excelente

Para que comprendamos esa relación y para tener una cierta noción de la infinitud de Dios, consideremos que Él creó una colección enorme de colecciones, de tipos y de arquetipos. El hombre no es el arquetipo de la columna; San Atanasio tiene con la columna, una relación no igual, pero si un tanto parecida con la relación entre Dios y el hombre. Dios no tiene a nadie por encima de Sí, Él es supremo, perfecto, infinito.

Entonces ¿qué sucede con la naturaleza humana? Sucede que cuando ella es recta, instintivamente busca los arquetipos.

Un bebé acostado en la cuna, que apenas sabe decir “maaaaa”, si atasen en un hilo, una bolita de Ping-Pong blanca y común, su instinto le dice que algo existe. Y el bebé, inhábilmente intentará cogerla con las manos. Cuando la coge, tiene el instinto de propiedad. Y si se le intenta quitar, el bebé no lo deja... Pero hay algo que no falla: hay bolas bonitas, de las que se ponen en los árboles de Navidad. Eran bonitas, de colores relucientes, dorado, verde, rojo, azul, ¡colores lindos! Si suspenden al mismo tiempo delante del bebé la bolita de Navidad y la de Ping-Pong, el bebé tiene un movimiento hacia lo maravilloso; ¡iva hacia lo que tiene más luz! ¡Es algo instintivo!

Pónganle al bebé un instrumento de música que golpee: ipam! ipam! ipam! un sólo sonido. El bebé se habitúa y no lo nota. Imaginen ahora que

se le ponga un poquito de música. El niño, estando ya un poco más desarrollado, presta más atención. ¿Por qué?

Porque su naturaleza es apetente de lo maravilloso, ¡en el fondo es apetente de Dios! Si de algún modo fuese tocado por Dios en sus sentidos, se orientaría enteramente hacia Dios. El niño es apetente de lo maravilloso, y en el fondo, por esto mismo, es apetente de Dios, cuando se sitúa delante de algo más excelente, tiende hacia aquello que es más excelente. Eso es recto. Puede ser que después el niño abuse, tenga la manía de tener una cosa, desórdenes propios de la naturaleza humana. Pero, en sí, este primer movimiento es un movimiento recto. ¡Es un movimiento por el cual el hombre quiere aquello que es más excelente, que le conviene más!

“Enorme” un caballito de paño

Por causa de eso, el niño tiene una imaginación muy fértil. Fácilmente atribuye a los juguetes que posee, una cualidad que no poseen.

Una vez, pasé por una cruel decepción. Yo tenía tal vez tres o cuatro años y me dieron un juguete común: un caballito de paño puesto sobre unas ruedecitas con un eje de metal y había un lacito por donde yo podía tirar del caballo. Para mis brazos, era un caballo muy grande, tenía, incluso una cierta dificultad de sujetarlo, entonces, le llamaba “Enorme”. Cuando iba a jugar, pedía que me diesen mi “Enorme”.

Al enfermarse mi madre, fui a Europa



Gustavo Krahl

con ella, para ser operada, y guardaron en un armario a “Enorme” para jugar cuando volviese.

Durante el viaje a Europa, de vez en cuando hablaba de “Enorme”, y cuando volví - tal vez tenía un año más, y en ese periodo, un año es una considerable diferencia – pedí:

-- ¡Quiero mi “Enorme”!

Me llevaron, recuerdo como si fuese hoy, al cuarto del piso bajo de la casa donde había un armario en el que se guardaban los juguetes de mi hermana, de mi prima y los míos. Estaba todo cerrado, porque todos estuvimos fuera en ese periodo. Entonces lo sacaron y me dieron el “Enorme”.

Mi primera reacción fue:

-- ¡Ese no es “Enorme”!

Risas de dos o tres personas a mí alrededor. Era de un gran parecido con “Enorme”, pero terriblemente más poca cosa que “Enorme”. ¿Por qué razón?

En parte porque yo había crecido, y “Enorme” había dejado de ser enorme. Por otra parte, veía a “Enorme” y notaba bien que era de paño; cuando me hice mayor, vi que era un muñeco. Cuando estaba por viajar, lo imaginaba casi como si fuese un ente vivo. Le atribuía a “Enorme” algunas cualidades que un caballo debería tener y un muñeco no podía tener. Estaba, en el fondo, a la búsqueda de la arquetipia del caballo, de alguna cosa que lo trascendiese: ¡era el caballo vivo!

Deseo de cosas más altas

Cosas de esas son movimientos que existen en el alma de los niños. Y una de las cosas que hacen las maravillas de los niños, es exactamente esto.

Por ejemplo, el árbol de Navidad. No hay quien, de niño, no se halla extasiado delante de un árbol de Navidad. ¿Pero qué es un Árbol de Navidad?

Imaginemos que sea la figura de un árbol, como pudiese existir en el Paraíso Terrenal.

El hombre, como está en la tierra de exilio, no tiene cosas como las del Paraíso. Lo que en el Paraíso es mero

tipo, para la Tierra es un arquetipo no alcanzable. Entonces, el hombre imagina el árbol de Navidad y el niño se encanta, porque su alma está deseosa de una perfección no existente en esta vida. Y el niño, querría un orden de cosas, querría una naturaleza, querría otras personas, querría todo como no existe, porque su alma fue hecha para cosas mayores y desea cosas mayores.

Ahora bien, porque desea cosas mayores, sucede que el niño tiene una forma de talento por el que, como qué, adivina la perfección que todo debe tener. Y por causa de eso, también tiene una imaginación muy creativa y tiene el sentido de lo maravilloso llevado a un alto grado.

Educar católicamente

En una educación verdaderamente católica, los padres ¿qué deberían hacer? Instruir, enseñar a los niños la realidad completa. Habría que explicarle: “Lo que tenemos aquí, es esto. Es así porque estamos en la tierra de exilio; fue cometido el pecado original; después nosotros también pecamos. Lo que merecemos es esto”.

Entonces, ¡la ardilla es muy linda! Pero si quisiese imaginar que haya ardillas moviéndose en el Paraíso, ¿Cómo serían?

Y cuando a veces pasa delante un animalito extraordinario, por ejemplo, una mariposa azul y plateada, un colibrí, alguna cosa de ese estilo, tenemos la impresión de que ¡se extravió del Paraíso y fue a parar a la Tierra!

Por eso, cuando un niño que tiene un cazamariposas, ve pasar volando – delante de sí, en un parque o en un monte brasileño o suramericano en general, supongo yo –, una mariposa azul y plateada, el niño se vuelve loco de deseo de atraparla a toda costa. Es lo maravilloso que él quiere agarrar.

Ante esa tendencia, el padre o la madre deberían decir: “Mire, está viendo, Dios hizo así el Paraíso. Esto, era el punto de partida. Esto aquí, es para que Ud. tenga una idea de cómo

las cosas podrían ser, y no son. Procure imaginar, vea lo que Dios hizo de maravilloso, procure prestar atención, procure imaginar cómo sería el Paraíso. Procure hacer que todo cuanto Ud. hace, cuanto Ud. modela tenga alguna cosa que exprese esa tendencia suya hacia el Paraíso. Camine rumbo a la perfección”

“¡Pobre Paraíso Terrenal en comparación con el Paraíso Celeste! ¡En el Paraíso Celeste, no hay flores, hay Ángeles! Y los Ángeles están dispuestos de esta manera, y de aquella otra. Y por encima de todo está Nuestra Señora, que es mucho más Madre suya, que su propia madre. Porque Ella le ama más que todas las madres juntas amarían al hijo único que tuviesen. ¡A usted! ¡Y si se siente un ratoncito para ser amado así por Nuestra Señora, crea, porque es de Fe, que a cada ´ratoncito humano´, ella ama así! ¡Crea y confíe! ¡Alégrese y rece! ¡Cuide de servirla, de batallar por Ella!”

“Pero mire a los ojos de Nuestra Señora, verá que en el fondo hay un *lumen* que va mucho más allá que Ella. Ella está mirando para usted, pero, al mismo tiempo, está mirando para alguien, ese alguien ¡es Su Divino Hijo! En Ella, hay un *lumen Christi*, una luz de Cristo, que ya ultrapasa lo humano. ¡Está viendo a Dios cara a cara! Mire a sus ojos y será como si mirase en un espejo para ver el Sol: ¡Lo maravilloso de lo maravilloso de lo maravilloso, la perfección de todas las perfecciones!”

Si todos los hombres tuviesen aquello presente, ¿el mundo no sería otro?

Por ejemplo: un sermón sobre ese tema, en una iglesia, realzado por algo que tiene la palabra del sacerdote, que no lo tiene la del lego: Es la gracia del sacerdocio. Realzado por el púlpito, por la dignidad del edificio sagrado y por las bendiciones especiales que Dios pone en él. Todo esto reunido en un sacerdote diciendo eso. ¿No sería de conmovimiento? ¿Las personas no llegarían media



Cmlseaux (CC3.0)



hora, una hora antes, para reservar el lugar donde escuchar el sermón?

Así deberían ser los hombres.

Lo contrario de la formación católica

Cuanta gente vi a mi alrededor, ya en aquella remota época en que era pequeño, a los que formaron de la siguiente manera: “¡Esas cosas son tonterías infantiles, no piense en eso! Todo cuanto es maravilla, es sueño. Tú pierdes la partida de la vida si piensas en eso. ¡Sea práctico! ¡Y, para ser práctico, tu precisas dos cosas: tener salud y ganar dinero!”

“Preocúpese en saber responder a esta pregunta: ‘¿Cómo tener salud?’ Sepa qué es lo que le hace bien y lo que le hace mal. Haga sus ejercicios. Muévase de manera a tener salud, porque la enfermedad es un horror. Otra cosa que es necesaria: ganar dinero. ¡Sea rico! Porque la pobreza es la más triste de las condiciones. ¡Aprenda cómo ganar dinero. Sepa sonreír, agradar, adular, hacer trampas, tener artimañas, avanzar, retroceder; sepa hacer de todo, con tal que le caiga en las manos esa cosa incomparable: el oro! ¡Corra atrás del oro!

No sueñe con cosas de orden maravilloso ¿Qué dinero le dan? ¿Qué salud le proporcionan? Cierre sus

horizontes y quédese solo en eso. ¡Continúe adelante por la vida! ¡Tendrá placer y tendrá riqueza!”

¡Eso es lo contrario de la formación católica!

La respuesta podría ser así:

Alguien – con A mayúscula y letras de oro, que es el propio Hombre Dios – dijo: “No os preocupéis, *nolite esse solliciti*, mirad los lirios del campo, no tejen ni hilan, y entre tanto, ni Salomón en toda su gloria se vistió como ellos... (Mat 6, 28)”... Tejer e hilar eran profesiones lucrativas en su tiempo, no había máquinas, entonces el trabajador manual, muchas veces era tejedor, hilaba y tejía. Es decir: ¡Confiad!, confiad porque eso se resuelve. La salud puede ser recuperada y también la fortuna que se perdió. Puede ganarse la fortuna que nunca se tuvo. Puede ser obtenida la salud que se perdió. Es posible – no digo que sea seguro –, pero es posible. ¡Una cosa que si se pierde, no se recupera: el tiempo perdido!

Estado de amor a lo maravilloso

Es necesaria una gracia muy grande para que un alma que se haya dejado encerrar en esos horizontes más bajos, vuelva a comprender y querer lo maravilloso. Es una verdadera conversión. Para esa conversión es preciso te-

ner gracias muy grandes y muy especiales. ¡Una gracia así, se llama “thau”!

Entonces, sepamos comprender nuestro “thau”: ese estado de amor a lo maravilloso, de amor desinteresado a lo maravilloso que es uno de los aspectos por donde se ve el amor a Dios – amar a Dios sobre todas las cosas, primer Mandamiento – ese aspecto, ese amor a lo maravilloso, que es un modo de focalizar el amor a Dios, [de ese amor] no dije qué es, porque mi tema se haría inagotable. Por ejemplo: el ver canonizadas a las grandes figuras históricas que reflejaron a Dios de un modo, de otro modo, cómo fue etc. Por ejemplo, en la Basílica de San Juan de Letrán, donde muestran, en el suelo, la losa de piedra sobre la cual estaba arrodillado Carlomagno en la noche de Navidad, cuando el Papa entró y le coronó emperador, sin él saberlo.

Si cualquiera de nosotros fuese dueño de esa piedra, incluso daba su vida por defenderla. Es algo mucho más maravilloso que el rubí, que la flor, o no sé qué otra cosa. Son dos almas. Carlomagno, que en algunos lugares es venerado como Santo – la Iglesia no se pronunció – y que hasta hoy dejó un aroma de santidad en toda la Iglesia, y León III, Papa, Vicario de Cristo, representante de Cristo en la Tierra, con el poder de atar y desatar – “y cuanto atares sobre la Tierra, quedará atado en los Cielos; y cuanto desatares sobre la Tierra, quedará desatado en los Cielos” (Mat 16, 19) – coronándole Emperador del Sacro Imperio.

¡Pobre rubí!, piedrecilla graciosa frente a la majestad de esa escena. Las campanas de la Ciudad Eterna repicando, el Papa entra: Carlomagno majestuosamente humilde rezando arrodillado en aquella losa de piedra y el Papa que manda traer una corona con la cual Carlomagno no contaba, y le corona Emperador del Sacro Imperio. ¡Funda el Sacro Imperio! ¡Qué belleza!

Que ese Sol vuelva a iluminar el mundo

Cuando un alma conserva la inocencia, encuentra el “thau”. Más o menos, como una flor que está para abrirse, de mañana, encuentra el primer rayo de sol que incide.

A veces, llegamos a cierta edad con la inocencia reducida a añicos. Pero, ¡Oh, añicos preciosos! Son como aquellos panes y peces de la multiplicación. Nuestra Señora, los toma bondadosamente y los presenta a Nuestro Señor [diciendo]: “Hijo Mío, Mirad qué añicos”, y Él los recompone.

Ahí tenemos el ideal católico: Fuerte, puro, unido y regocijándose con cosas tan espirituales.

Todo esto nos lleva a muy altas consideraciones, nos lleva a la idea de que debemos pedir a Nuestra Señora esa inocencia. Debemos pedir-la para cada uno de nosotros y debemos pedirla para nuestros hermanos de vocación. Debemos pedirla para todas las criaturas de Dios, porque Dios es infinito en su deseo de bien y quiere abarcar con su grandeza y con su bondad la creación entera.

Entonces comprendemos lo siguiente: En nuestra época, hay una cosa que tiene una belleza comparable a la belleza de Carlomagno siendo coronado por León III: Es luchar para que ese Sol vuelva a iluminar el mundo.

Ese Sol es Dios, ¡es Nuestro Señor Jesucristo! ¡Y el vitral por donde entra ese Sol, es Nuestra Señora! ❖

(Extraído de conferencia de 12/10/1985)

- 1) Archibancada, que traducida del portugués quiere decir “grada o grade-río”, con la que el autor hace un juego de palabras para explicar didácticamente el sentido de la palabra arquetipo. La gradual superposición de los escalones es la figura didáctica que quiere usar como ejemplo.
- 2) Naturales de los estados de: Río Grande del Sur, de Santa Catarina, de Paraná, de San Pablo, de Río de Janeiro.



Coronación de Carlomagno – Parroquia San Pedro y San Pablo, Thaya, Austria

Criterios para un buen relacionamiento

Después de analizar algunos de los criterios según los cuales solemos valorar a las personas con quienes deseamos establecer relaciones, el Dr. Plinio indica los verdaderos principios que deben orientar el relacionamiento humano.

¿Cómo debemos analizarlos los unos a los otros? ¿De qué modo precisamos mirar, interpretar, considerar el valor de cada uno? ¿Cómo debemos entender y juzgar a las personas?

Dos categorías de personas

He aquí una buena calificación: algunas personas tienen alma para comprender que no existe sólo ni principalmente esta vida terrena. Hay otro orden de grandezas y un Ser espiritual, superior, infinito, perfecto. En último análisis, Dios Nuestro Señor y todos aquellos que lo

cercan en la jerarquía divina. Y todo esto se refleja de algún modo en la Creación.

Estas personas, cuando miran un guayacán, una esmeralda o una orquídea, por ejemplo, son admirativas porque saben ver lo que es más que ellas, sin envidia y con desinterés. Esta es una categoría de personas.

Otra categoría es de las que sólo miran hacia arriba para tener envidia y prefieren no mirar hacia lo alto. Dirigen sus ojos hacia un lado con indiferencia y hacia abajo con desprecio.

¿De qué género de personas es cada uno de nosotros? Si estas son las dos categorías, tenemos que ca-

ber en una de ellas. ¿Cómo somos nosotros?

Debemos tomar en consideración que Dios ama más a los que están más vueltos hacia Él. Nuestra Señora ama más a los que son más vueltos hacia Ella. Y nosotros, por lo tanto, debemos desear lo que es más elevado, más noble, más recto, más santo. ¡Pero desear admirando! ¡Y admirando desinteresadamente!

El verdadero entusiasmo se expresa por la dedicación.

A partir del momento en que admiraremos esto desinteresadamente, nos volvemos entusiastas y combativos. Porque el verdadero entusiasmo

se expresa por la dedicación. Tener entusiasmo por algo o alguien a quien no soy dedicado no significa nada. Si tengo entusiasmo sincero, me dedico.

Entonces, cuando notamos que alguien lucha, debemos buscar en su actitud lo siguiente: ¿Por qué combate? ¿Hasta qué punto él ve y entiende la grandeza de aquello por lo que lucha? ¿Hasta qué punto su alma está llena de eso? ¿Hasta qué punto se dedica? ¿Hasta qué punto es combativo?

A través de esas preguntas podemos aquilatar a una persona.

A partir de esto se comprende la inanidad, la nulidad de muchos elogios que a veces me hacen, que tengo la impresión que se refieren a otra

persona, porque de tal manera lo que hay de esencial en mí no figura en aquel elogio, que están elogiando a otra persona.

Así por ejemplo, se elogia a alguien porque es muy inteligente. Ahora bien, la persona nace inteligente. ¿Se les ocurrió alguna vez elogiar a un hombre cualquiera por ser narigudo, o por tener la nariz muy pequeña? Nadie elige la nariz que tiene. La persona nació con ese tipo de nariz y precisa llevarla hasta

*Sí tengo un
entusiasmo
sincero, yo me
dedico. Entonces,
cuando notamos
a alguien luchar,
debemos buscar
en su actitud lo
siguiente: ¿cuál
es la razón de
su combate?*

la sepultura. Le guste o no, sea una nariz linda o común o grotesca.

Si determinada persona nació inteligente, es un don que Dios le concedió. No es un don sobrenatural sino natural. Se valora. ¿Qué se concluye de allí?

Alguno podrá decir: “Pero ella aprovechó bien su propia inteligencia.” De ahí no se deducen muchas cosas porque hay muchas personas que aprovechan la inteligencia que poseen y son muy instruidas, cultas, brillantes. Sin embargo, ¿hacen un buen uso de esa inteligencia o son malhechores?

Esto mismo es con la buena educación y con tantas otras cualidades...

Antiguamente era raro encontrar té en Brasil, y las personas que gustaban de tomarlo mandaban traer té de Inglaterra, de China, etc. Y eran naturalmente las personas más finas. Entonces se decía “Fulano de tal tomó té desde pequeño”, para indicar que tuvo una educación muy selecta. El otro que solamente tomó café no tuvo una educación muy fina, porque cualquiera toma café. Nadie tiene mérito por haber tomado té de pequeño.

Entonces, ¿cuál es el verdadero mérito? El verdadero mérito es la elevación de alma, y es esto que debemos procurar.

Relacionamiento basado en la Fe, Esperanza y Caridad

¿Qué relación tiene esto con la Religión?

Quien fue bautizado y recibió el don de la fe, teniendo el espíritu elevado posee mucha fe. Porque quien tiene espíritu elevado ama sobre todo, lo que hay de más alto. Y lo que hay de más elevado son las verdades sobrenaturales reveladas, es la Iglesia Católica que es Maestra de estas verdades.

Posee mucha esperanza. Esperanza de conseguir aquello que su fe le enseña: El Cielo después de esta Tierra, dar gloria a Dios, a Nuestra Señora; y espera que María Santísima lo ayudará.

Tiene mucha caridad, la cual no es principalmente el amor al prójimo, sino que es el amor de Dios, y del prójimo por amor de Dios.

Entonces posee mucha fe, esperanza y caridad. Y después las virtudes cardinales: justicia, fortaleza, templanza, prudencia y otras virtudes. Aquí está el edificio de un alma.

Cuando nos relacionamos con los otros, ¿procuramos ver cuáles son los que tienen el espíritu más elevado y buscamos más su compañía, su





Gustavo Krahl



Oratorio en Sevilla, España

conversación, o procuramos saber quién divierte más, cuenta más chistes, juega más, es más agradable de tratar? O bien, ¿quién es el más influyente y comunica una cierta importancia a quien es su amigo?

Estas no son razones para tener relacionamiento con alguien. El motivo para buscar la compañía de alguien es la fe, la esperanza y la caridad, la elevación de alma.

Una persona puede pasar por un oratorio donde hay una imagen de Nuestra Señora, persignarse, pero no tener gran fe. Otro hace la señal de la cruz y posee mucha fe. Un tercero no tiene fe, es emigrado de Afganistán, pero mira con cierta elevación a la imagen y la fe comienza a germinar en su espíritu.

Busquen las compañías que les aproximan más de este estado de espíritu.

¡Cuidado con los bromistas!

Alguno podría objetar:

-Pero la cuestión es que estando con otros preciso divertirme.

A éste yo le respondería:

¡Cuidado con las personas bromistas o que hacen muchos chistes! Pocas personas vi en mi vida que fuesen al mismo tiempo graciosas y serias. Y además, su seriedad co-

rría riesgo por ser graciosas.

Los Evangelios presentan a Nuestro Señor en las más variadas actitudes, desde Niño recién nacido hasta la edad perfecta de treinta y tres años con los que murió. Nunca se ve, a pesar de esa variedad de espíritu, al Divino Maestro riendo.

Consideren las bodas de Caná. Él estaba en la fiesta e inclusive concurre para que ésta tuviese alegría, haciendo un milagro estupendo: la transmutación del agua en vino. Sin embargo, el Evangelio no dice que Él haya reído alguna vez. Yo nunca vi una imagen, en nuestras iglesias, representando a Nuestro Señor riendo. Ni siquiera propiamente sonriendo.

En una actitud próxima de la sonrisa, a veces. La imagen del Niño Jesús, por ejemplo, es presentada próxima de la sonrisa, porque se supone que está mirando a Nuestra Señora. Quien ve a un niño, lo imagina mirando hacia la madre, es normal. Entonces se supone que esté sonriendo, o mejor dicho, mirando con suma complacencia a la Madre. Riendo, ¡inunca! Muchas imágenes de Nuestro Señor lo presentan con suma afabilidad, sonriendo no. Es un ejemplo para nosotros.

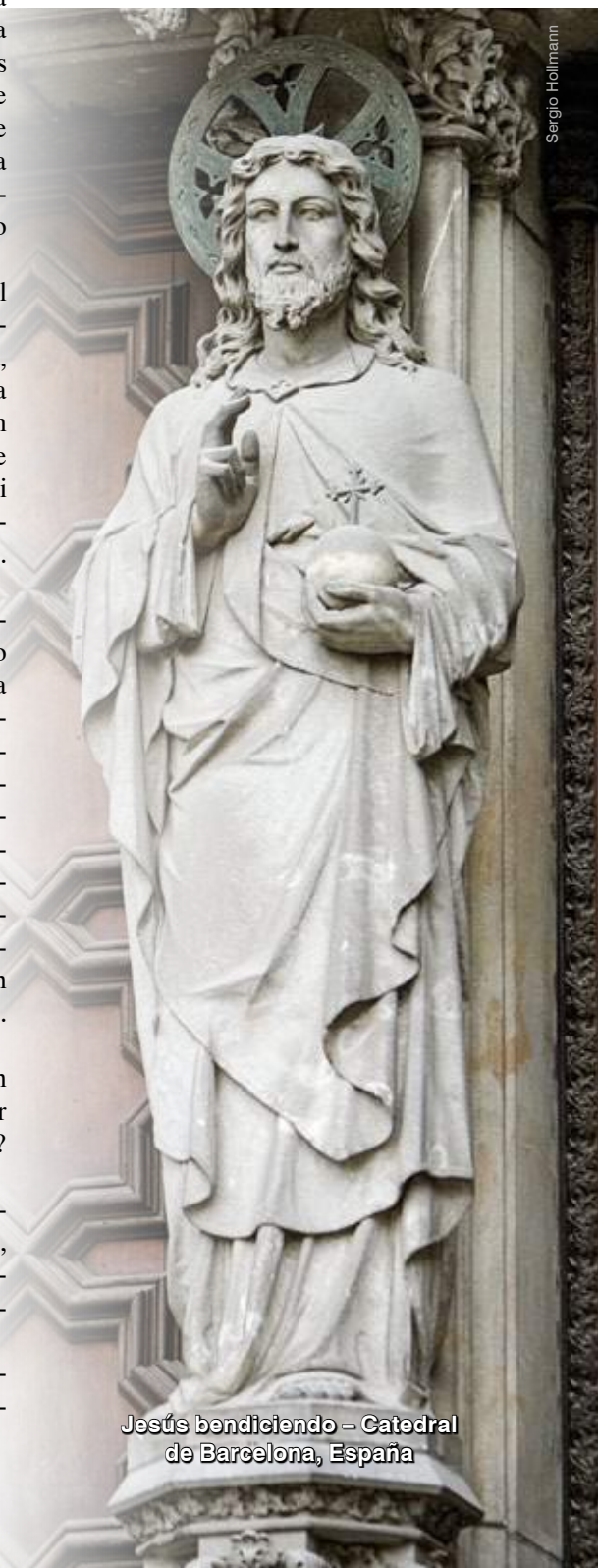
¿Alguien conoce una aparición en la que Nuestra Señora o cualquier Ángel o Santo diga algo gracioso? ¡Nunca!

Por otro lado, tome cuidado también aquél que, por ser gracioso, atrae a todos los que desean divertirse a dar una carcajada, pero los desvía de Nuestra Señora.

A veces se huye de ciertas compañías que tienen cosas serias pa-

ra comentar, que van al fondo de los asuntos. Sin embargo, tales personas, aunque no digan cosas jocosas, podrían aproximarnos de la Santísima Virgen María. ❖

(Extraído de conferencia de 7/1/1982)



Sergio Holmann

Jesús bendiciendo – Catedral de Barcelona, España



Movimientos del mar... ...y del alma humana

El movimiento de las aguas del mar, ora tempestuoso, ora tranquilo, deja trasparecer una serie de gamas de belleza, todas ellas atrayentes. Del mismo modo, la arquitectura religiosa parece simbolizar los diversos aspectos del alma humana al alabar a su Creador.

Viendo el mar –objeto perpetuo de mi arrobamiento, de mi encanto, de mi entusiasmo! – yo sería capaz de pasar una tarde entera mirándolo, quieto, enteramente entretenido, contemplándolo...

Belleza del mar y el pulchrum de sus movimientos

En el mar me llamaba mucho la atención lo siguiente: en mi óptica, – comprendo que otro sienta de un modo diferente, depende de cada uno – presentaba para mí dos puntos extremos, con todas las gamas intermedias. Al contemplarlo, me era agradable ver tantas formas de belleza que Dios sacaba haciendo pasar al mar de un estado a otro a través de las gamas intermedias. O, de repente, interrumpir la secuencia en cualquier gama intermedia, dar un giro y pasar a otro lado. Es decir, lo ordenado, bonito, cuando avanzan aquellas grandes olas, en ofensiva hacia la tierra, pero son olas que no son descabelladas haciendo tumulto – lo descabellado no me agrada – sino que son grandes olas en orden, un ataque en regla de una caballería noble. Es la marea creciente de ciertos días, que va cubriendo la playa. Es una cosa bonita. Es como una batalla en filas. Es hasta bonita la variedad, porque a veces las olas no lle-

LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

Lucio C. R. Alves



Antonio Luliane



Francisco Lecaros



Archivo Revista



Gustavo Kraji



Francisco Lecaros

gan a romperse, casi se rompen, forman así aquellas emi-
nencias y van adelante.

Otras no, por el contrario: rompen y hay un júbilo de
gotas por el aire que después caen y siguen en su ofensi-
va, parando un poco antes de llegar a tierra para dar pe-
queños saltos por el aire, antes de entrañarse en las pro-
fundidades de las arenas; y hasta que aquello se vuel-
va agua de nuevo es un proceso enorme. Ellas entonces
bailan un poco por el aire, jubilosamente; son guerreros

que antes de dar el ataque definitivo bailan la danza de
la victoria. Una cosa bonita, que me agrada ver.

Mas también agrada ver cuando el mar está enteramente
tranquilo, casi inmóvil. Diríamos que está de tal
manera absorto en la contemplación del cielo que ni
piensa en sí mismo. Yo digo el cielo, no el Cielo celeste,
sino la bóveda celeste que se ve con los ojos.

De repente, de un lugar cualquiera, observamos que la
sorpresa viene, algo comienza a moverse. Es una oleada,
es un caos acuático, es un asalto contra la tierra, sin em-
bargo, los varios elementos del mar no vienen en batalla
campal, mas parecen empujarse unos a los otros para to-
mar la delantera y conquistar la tierra más rápido. Es la
belleza de la variedad, de lo inesperado, de casi un susto,
de lo imprevisto, que tiene a mi ver, su encanto propio. Y
la sucesión de las cosas torna el mar entretenidísimo.

Esos varios modos de ser del pulchrum... Ese es más
un pulchrum del movimiento que del mar. Es decir, si el
mar fuese feo, su movimiento no sería bonito. La danza es
bella cuando lo que danza es bello. Un ejército que avan-
za es muy bonito cuando está compuesto de hombres fuer-
tes, robustos; por el contrario, un ejército de cojos que se
arrastra en cierto orden no vale dos caracoles. Del mismo
modo, el mar es bello, pero el movimiento está a su altura.



Hector Ivateca

poesía; son las lógicas no del filosofastro, mas las lógicas de la madre de familia, del padre, de la vida, es esa lógica verdadera. Es eso lo que a veces la arquitectura presenta.

A veces la arquitectura burbujea y presenta cosas medio inesperadas. Y es el propio movimiento del alma religiosa, en sus entusiasmos, en sus éxtasis, en sus impulsos, en su generosidad, en los lances a la Santa Teresa de Jesús, por ejemplo, enormes, que dejan el alma desconcertada delante de la grandeza de aquello.

Y eso se expresa más en la arquitectura religiosa de la Iglesia griega, del tiempo en que estaba unida a la Iglesia Católica. De ahí viene el juego de las varias cúpulas que burbujean, como el mar se mueve, y que se notan en la Basílica de San Antonio en la ciudad de Padua.

Yo quería, entonces, mostrar un poco la descripción de aquello que en Padua me agradó...

Continúa en el próximo número.

(Extraído de conferencia de 25/11/1988)

Bríos de alma expresados en la arquitectura

Ahora, la arquitectura, y la arquitectura religiosa, delante de los movimientos del alma humana, tan parecidos con los del mar, parecen asemejarse. Hay hombres cuyo pensamiento avanza como en una batalla campal, cuya oratoria, cuya argumentación, cuya dialéctica aprieta, estalla. Pero hay hombres que no son del género del famoso general de Luis XIV, Turenne, mas son como el Gran Condé¹: isaltos de victoria en medio de rayos de luz, aventura! Captan una cosa y liquidan una situación. Hay tipos de inteligencia así, espíritus así, hay formas de belleza así.

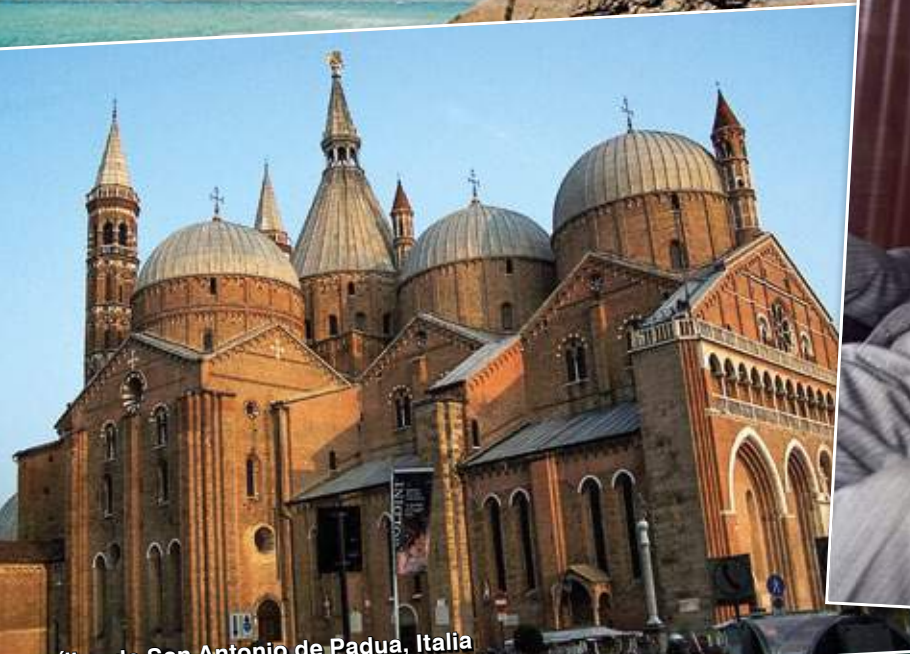
Por ejemplo, Nuestra Señora. ¡Ella es irreprensible, ordenada, perfecta, lindísima! Todo lógico, pero de una lógica con

1) Luis II de Borbón, 4º Príncipe de Condé (*1621 – +1686).

Dr. Plinio en 1993, contempla el mar por las ventanas de un hospedaje en Ubatuba, Brasil



Archivo Revista



Basílica de San Antonio de Padua, Italia

Madre de la Divina Providencia

El amor materno de María tiene la fuerza regeneradora para elevar y santificar un alma; Ella es la Medianera de las gracias necesarias para la justificación de aquel a quien Ella ama. Confiemos en todo momento en Nuestra Señora, recordando siempre su extrema ternura hacia nosotros, su compasión con las miserias de cada uno de nosotros. Tengamos presente que, en el 'Dios te Salve Reina', Nuestra Señora es llamada "Madre de misericordia", y que la oración del 'Acordaos' acentúa la bondad que Ella tiene hacia el pecador arrepentido.

Si no nos compenetramos de la misericordia de María Santísima, no haremos nada de bueno. Cultivándola nuestra alma se llena de confianza, de alegría y de ánimo. Teniendo a la Madre de la Divina Providencia como nuestra propia Madre, nada nos debe abatir. Ella resolverá todo si, esperanzados, imploramos su maternal socorro.

(Extraído de conferencia de 16/11/1965)



Rafael E. Rissi

Nuestra Señora de la Divina
Providencia - Mairiporá, Brasil